

LÓPEZ RUBIO



Dib. LÓPEZ RUBIO.—Madrid.

LA FIEBRE DE LAS PALABRAS CRUZADAS

De qué modo el dentista señor Puente y Corona consiguió que a sus pacientes se les hiciese brevisima la espera en la antesala.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LÓPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

— MADRID —

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS PINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

19.—Corrida larga.

O
TERNERA CUBRECABEZAS
DISPOSICIÓN NACIONAL
RO

23.—Convencido.

100
DE DOCTOR
O



SOMBREROS BRAVE 6 · MONTERA · 6

20.—Dicen los creyentes.

LO
HQUEJIDOS
SATURNO

24.—Nombre de mujer.

Letra Letra Letra
EN BILBAO

22.—Hace reir.

100010001000

21.—Charada.

—Qué bonita *segunda* *tercera* *cuarta* y que *todo* más bizarro.
—Por eso su novia la *prima* *quinta* *cuarta*.

25.—Charada.

En el *prima* de *todo*.
Dos *cuarta* *ayer* *café*,
como tenía *prisa*
cuarta *tercia* *segunda* *cuarta* en *pie*.

CREMA Polar

Para la limpieza de los dientes → Cura el dolor de muelas → Evita el sarro. Perfuma el aliento.

CORTES HERMANOS. — BARCELONA

Cupón núm. 3
que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de julio.



Lleva mucho
adelantado.

quien, al saludar, sonríe abierta
y espontáneamente. Para tener
la sonrisa franca y persuasiva,
límpiense los dientes a diario con

PASTA DENS

Su dentadura tendrá los atracti-
vos de una blancura y un brillo
insuperables, y su rostro re-
flejará bienestar y satisfacción.

PERFUMERÍA GAL. - - MADRID

DESCONFÍE USTED

de quien le ofrezca los pro-
ductos de la Perfumería
Gal a precio más reduci-
do. En toda España, in-
cluso las Islas Baleares
y Canarias, se venden a
los mismos precios que
en nuestras tiendas al de-
tall. Es lógico sospechar
de quien renuncia al mo-
desto margen de utilidad
en la venta.

El impuesto del Timbre
a cargo del comprador

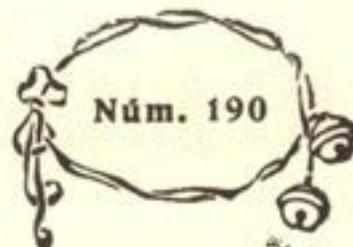




BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 19 de julio de 1925.



RATOS A BROMA

HABLAR DE LA MAR O UN ARTÍCULO DE "FONDO"



Yo, lectores, (¿cómo lo diré sin meter el «remo»?) soy un enamorado de la mar.

Desde que caí cautivo en «sus redes» no hago más

que dedicarla mil endechas que, si no son rimadas, sí debieran ser «remadas» cuando menos.

Como voy a tratar del mar, será el mío un artículo de «fondo» seguramente.

Todo lo que hay en él (en el mar, no en el artículo) me atrae, empezando por su dios Neptuno, ese mozón avispado, que en las primeras oposiciones que se celebraron en Madrid, pescó «una plaza» el hombrecito. Por cierto que con esa plaza dió fin a la «Carrera» (1).

El mar, si no la mitad, es, por lo menos, un tercio de mi vida. Otros dos «tercios» los consagro a los «mariscos».

Cuando estoy en algún puerto marítimo, mi vida es un constante ir y venir a la playa. Ver caracoles en la arena me subyuga siempre, salvo en las corridas de toros. Ver un «cangrejo» que va a la carrera (no aludo a la de San Jerónimo) es cosa que me frueca en un alienado. Ver una «red» (que no sea la de San Luis) llena de «opositores» (vulgo «peces») es algo que me encamina hacia Ciempozuelos.

¡Oh, la mar!... Si alguna vez tengo plata la pondré en un banco... de sardinas, que me «escáma» mucho menos que los otros Bancos, dicho sea de pasada.

La mar es, por otra parte, un galeno (y, además, una galena, porque en cuanto nos acercamos no se oye nada).

Y es un galeno, porque conocida es su influencia sobre los nervios. ¿Y sabéis a qué obedece la «influencia» de los peces? Nada más que a una cosa: a que tienen «agallas».

¡El mar! Si alguna vez me pierdo (cosa nada difícil, porque suelo «travesar las galerías del Ministerio de Hacienda») si alguna vez me pierdo, digo, que me busquen en las marinas riberas. Que me busquen en un puerto, en el barrio pescador. Y si en el barrio pescador no estoy, es que estoy «en el otro barrio».

Yo soy así. De niño (no hace mucho, no vayáis a tomarme por un general del Directorio) de niño, repito, me prendé de la mar y habré de serle fiel hasta la Parca. Si alguien ofendiese al mar en mi presencia tendría que «verse» conmigo. No tolero la más leve palabra ofensiva ni al mar ni a nada que lo recuerde pasando de «¡caracoles!».

Por el honor de Anfirite, la media naranja de Neptuno (una media naranja que al caer en el mar hace de él un

refresco) por el honor de Anfirite —no estará de más que lo repitamos— rompería yo más lanzas que lanzarote en las justas del diamante blanco, que, dicho sea de paso, fueron unas justas bastante injustas, a juzgar por lo que Tennyson dice y yo creo.

Si admiro a Ulises es porque en el mar se pasó buena parte de su vida. No me extraña que Nausica, la princesa, se prendara de este Colón de la edad remota que, por ser un «Colón» de sabe Dios cuando, tuvo que echarse al agua para «ablandarse» y ablandar a Nausica, que, por lo visto era «otro pedazo de pan»...

Todos los mares me son igualmente amados: desde el mar de Tiro hasta el mar de Kara. Ya sabes, lector, que hay un mar de Kara, como hay un mar de Frente. ¿Que no has oído nombrarle? Por que no has sido soldado. Los soldados saben de sobra que hay mar de Frente, «¡De Frente... mar!»...

Yo no sé si la mar me quiere a mí como yo a ella, ni si se ha dado cuenta de mi acendrado amor desde una tarde que dije que estaba muy «salada». Recuerdo que un tiburón transeunte estuvo a punto de cortarme algo con la sierra carpintera de sus dientes y de «pegarme» con la «cola». Supuse que aquel tiburón era el chulo que cortaba «el bacalao» en el mar. Y recuerdo que el frustrado idilio fué en la playa de Ceuta, donde de cualquier modo se hubiese frustrado, porque había «moros» en la costa.

Por todo lo dicho y lo que paso en silencio, ruego al que tenga algo malo que decir del mar, que lo diga cuando yo no le oiga (que podría ser ahora mismo verbigracia) porque si lo oigo estoy seguro de que me ciego, me perfilo y le hundo el tridente de Neptuno hasta la misma cruz.

He dicho.

MIGUEL DE CASTRO.



(1) A la de San Jerónimo.

Dib. SILENO. —Madrid.

UNA AVENTURA EN LOS HIELOS O AL POLO NORTE, EN 'SOMMIER'

—¡Juanito!

Volví la cabeza, lancé un grito de alegría y caí en brazos del que me llamaba.

—¡Querido Manolo! Más de un año sin vernos: ¿Qué ha sido de tí en todo ese tiempo?

—Chico, ya sabes de toda la vida, mi eterna afición por las aventuras; pues, bien: ya estoy satisfecho, pues he visitado medio mundo, he saboreado emociones, y este verano he corrido una extraordinaria aventura polar.

—Me dejas frío.

—Pues, convídame a un chocolate aquí, en «Savoia», y te relataré mi odisea.

—Sea.

Y penetramos en el cálido recinto del café.

Ante las humeantes jícaras y mien-

tras lentamente con refinado modo rompía las medias y las impregnaba en el sabroso alimento, empezó de esta manera:

—«A mediados del pasado mes de Agosto, hallábame en mi palacio de Santa Catalina, que como sabes es el más principal de esta corte, (principal izquierda, naturalmente), dándole los postreros toques a mi último invento «el soplillo mecánico con freno contra-pedal», cuando mi aparato de telegrafía sin hilos, que tengo instalado en el vasar de la cocina, recogió un radiograma que ponía:

«Extraviado en busca niñas desaparecidas, me encuentro a los 48.756° latitud Este y aquel, del meridiano de Colmenar de Oreja. Me hallo en punta iceberg rodeado de osos que ya se relamen. ¡Socorro! ¡Guardias! ¡Salvad-

me!» Y firmaba «Melecio Pérez Pholka».

—¿Nuestro querido amigo, el infatigable aprendiz de detective?

—El mismo. Excuso decirte la impresión que recibí al...

—Sigue, que estoy emocionado—suplicué.

Apuré de un sorbo la taza, trasegó un buche de agua, y limpiándose con la crujiente servilleta de papel el apéndice nasal, donde el borde de la jícara había dejado un lunar de chocolate, continuó:

—«Rápidamente unté grasa en el engranaje del aparato de mi invención, el «sommier aéreo», me acomodé en él con unos cuantos víveres, y dando a la palanquita de marcha, me elevé en el espacio. Poco a poco se fué achicando ante mi vista la urbe populosa y a los pocos minutos, Madrid se perdió en la distancia.

Para que no me molestasen las moscas me elevé a 20.000 metros. ¡Qué espectáculo tan formidable desde esa altura!

Al Sur distinguía, el mar del Norte, el canal de Isabel II, Vallecas, Nueva York y la bola de Gobernación.

A mi izquierda el Perú, Aranjuez, Bulgaria, el acueducto de Segovia y el inmenso mar de arena del Sahara, donde distinguí una gran cantidad de dromedarios. Volví en seguida la vista, pues, el ver tanto camello me jorobaba.

A la «droite» la cadena del Himalaya, la Cibeles, Suecia, San Fernando del Jarama, el sur de Africa y los leones del Congreso; y por último, al Norte, la estación del Mediodía, Australia, las cuadrigas del Banco de Bilbao, y un poco más allá, San Sebastián, Deauville, Aravaca, Pozuelo y otros puertos de mar. Como ves, el espectáculo era grandioso.

No quiero cansarte con la relación de todas las incidencias de mi viaje, y continuaré brevemente, una vez llegado a los 48.756, o sea en pleno Polo Norte.

Yo seguía surcando el espacio sobre mi «sommierplano», algo escamado; pues uno de los muelles empezaba a quejarse estridentemente.

¡Qué espectáculo tan desolador el de los hielos!

La claridad se difuminaba, la noche extendió su manto, y yo, por no ser menos, me extendí con una manta sobre el «sommier», donde al poco rato Morfeo me rodeó en sus brazos.

Pasaron las horas en plácido sueño, mientras seguía volando el aparato, hasta que la aurora apuntó e hizo blanco en el horizonte. Oí el canto de un gallo y desperté.

Medio amodorrado, creyéndome en mi casa de Madrid, me incliné a un lado, extendiendo hacia abajo mi bra-



HAY QUE HABLAR BIEN

Dib. TARO.—Madrid.

—Pollito, ¿estuviste en las carreras?

—Sí, chica, ¡estuvieron burrales!...

—¡Ah! ¿pero no eran de caballos?

zo, en busca de un artefacto popular, y... ¡sobrevino la catástrofe! Al inclinarme tan bruscamente, saltó un muelle, luego otro, mi «sommierplano» crujió, dió una vuelta de campana y caí en el vacío...

Acababa de rezar mis oraciones cuando me ví agradablemente sorprendido y muellemente recostado en una masa blanduzca que me acogió amorosamente.

Abrí los ojos y ví una cara que a lo primero me pareció la de Bergamín, pero que resultó ser la de una foca. ¡Había tenido suerte en la caída!

Dí las gracias a mi providencial animalito y eché a andar entre los hielos. ¡Qué tristeza de paisaje!

A la vista de tanto pináculo congelado, recordé mi Madrid, y me pareció más caro que nunca el «bombón Nanouk».

Seguí caminando y a los pocos minutos llegó a mis oídos una voz angustiada que gritaba; ¡¡Serenooo!!

Presté atención y me quedé helado; cosa muy natural en aquellas regiones. ¡Había reconocido la voz de Melecio!

Eché a correr y distinguí a nuestro amigo subido en la punta de un iceberg, mientras al pie del gigantesco sorbete, una pareja de osos le miraban codiciosamente abriendo las mandíbulas en bostezos muy significativos.

Agachándome, para que no me distinguiesen tales animalitos, dí la vuelta a la montaña de hielo y logré subir agarrándome a las cortantes aristas. Al verme Melecio, excuso decirte la que se arrió allí; el abrazo de Vergara fué una caricatura de efusión ante el que nos dimos nosotros.

Los osos, en tanto, al ver que engrosaba el «menú», empezaron a gruñir con más bríos. Pérez, angustiado, me preguntó: ¿Con qué les asustaríamos para que se marchasen? Me quedé pensativo y a poco lancé un grito de alegría. ¡Me acordé que llevaba en el bolsillo un retrato de mi suegra!

Lo até por un extremo a un cordelito; mas, como resultaba corto, hubo que empalmar las cintas de los calzoncillos de Melecio, y a más, un hermoso ejemplar de solitaria de la que nuestro amigo se había desembarazado la noche anterior.

Deslicé la terrible efigie hacia abajo y se la presenté al oso. Ver el retrato, dar un respingo hacia atrás y echar a correr, todo fué uno.

—¡Ya anda el oso! —exclamó Pérez Pholka.

La hembra al ver a su marido correr de aquella manera, se lanzó tras de él.

—¡Y anda la osa! —exclamé yo loco de alegría.

Y descendimos tranquilamente.

—Mas, ¿cómo volver a tierras hospitalarias? —inquirió mi compañero.

Nuevamente quedé pensativo, y nuevamente lancé un berrido de júbilo al dar con la solución. Y ante sus ojos,

asombrados, le quité la americana y la camisa, le unté salivilla en la espalda y le tumbé sobre la helada superficie.

Me acomodé sobre su barriga—bastante exhausta, por cierto—y... ¡me río yo del trineo mejor construído!

A los pocos segundos pasábamos a 200 kilómetros por hora por delante de los asombrados pingüinos. Aun pude distinguir sentada en un banco (de hielo) a la foca que me había salvado de la mortal caída, y en un rasgo de indiferencia la tiré un duro sevillano mientras le gritaba:—¡Para que te compres un décimo; pues mereces que te toque la lotería! Pero la foca abrió las fauces, se tragó el duro y me gritó con sorna, mientras veloz me alejaba:

—¿Para un décimo? Pues... ¡mañana sale! ¡¡tenía razón!!

A las catorce horas llegábamos a Oslo, donde al siguiente día embarcamos.

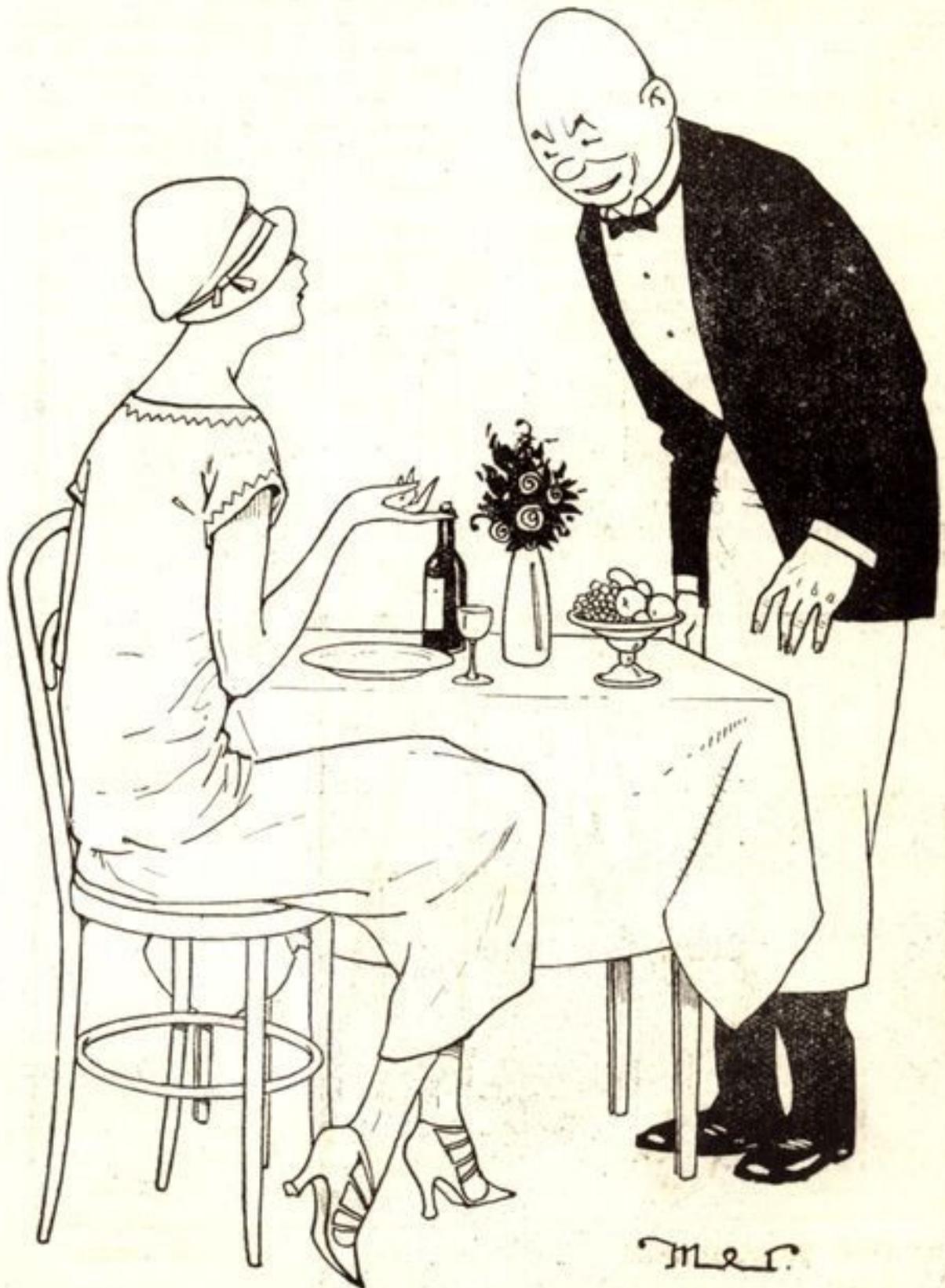
—Me deja maravillado tu aventura, digna de la pluma de un Verne o un Salgari. Hablaré a nuestros amigos para obsequiarte con un banquete digno de tal hazaña.

—Acepto. Y con tu permiso me voy a ir entrenando.

Dió una palmada, y al mozo que se acercaba diligente, pidió, señalando la taza vacía:

—¡Otro chocolatito!

JUAN MARTINEZ HIGUERA



—¡Camarero, se le han caído a usted varios pelos en la sopa!...
—¡Es usted muy amable, señorita!

Div. MEL.—Madrid.

CHUCHERÍAS

LOS FUNESTOS PERIÓDICOS DE MODAS

Al desembocar en la avenida sombreada por copudos olmos, le ví; el joven llevaba a una de sus sienas el cañoncito de la browning. Corrí para impedir la atrocidad.

—¿Qué es eso, hombre? ¡Con el sol que hace! ¡Con lo que pñan los pájaros! ¡Con las medias transparentes que se ven por ahí!

—Déjeme —murmuró sofocadamente.— Me da pena y asco seguir viendo...

—Calle, calle, criatura... Busque usted a la primera aguadora, y hágala el amor... A la edad de usted yo tenía siempre varias novias de repuesto. La mujer...

El mozuelo lanzó un gemido, dejó caer el revólver y extrajo de su bolsillo un periódico.

—¿Qué es eso?—inquirí, sin adivinar.

—Una revista de señoras, un semanario de modas femeninas...—aclaró, sentándose desfallecido en un banco.— Léalo a la ligera, y dígame si la vida vale la pena. ¡Dios mío, Dios mío; aparta de mí este cáliz!...

Arrojó el pliego lejos de sí con evidente inapetencia. Y, como yo no replicara, prosiguió débilmente:

—Ese maldito papel, consagrado a la mujer, es el enemigo más feroz del hombre. Salvo tres o cuatro artículos referentes al movimiento feminista, al arte culinario y a los sombreros de

campana, todo él está atestado de anuncios. Los he leído con avidez y su cicuta me amarga todavía la lengua y el corazón...

Hizo una pausa bastante dramática. Yo contuve el resuello.

—Anuncios para que algunas mujeres desarrollen el pecho; anuncios para que otras se agranden los ojos; anuncios para alargar las pestañas, para evitar el sudor, para teñir las canas, para evitar la vejez prematura, para tener resplandecientes los dientes y las manos, para conservar tersa la piel, para poseer una cabellera abundante, para pintarse de rojo los labios, para añadirse lunares, para ser esbelta, para crecer un poco más, para no tener grasa, para endurecer el busto, para...

Respiró, jadeante, sin consentirme una réplica agregó con voz tenebrosa:

—... Anuncios para criar robustos a los hijos, para que dure la ropa blanca, para arreglar sombreros, para economizar combustible, para aprovechar las sobras de la comida, para evitar jaquecas y neuralgias, para curar el insomnio, para hacer desaparecer la ozena y combatir el histerismo, y depilarse, y extirpar las verrugas, acabar con las pecas... ¡Un horror de prosa, caballero! ¡Nunca sospeché que el encanto de una mujer puede subsistir a fuerza de cosméticos, de vinagrillos, de recetas, de leches virginales y pomadas del infierno, de lociones y de

elixires... Esto es espantoso; jamás lo había supuesto. Yo esto, enamorado, señor, como un borrico; yo, señor, adoro las pestañas sedosas de mi elegida, y su aliento perfumado, y su cabellera rubia, y su pecho pródigo, y su piel de armiño, porque creo que todo ello es una gran verdad, una radiante y deliciosa y auténtica verdad. ¿Cómo voy a seguir viviendo ahora, que me imagino a mi pobre novia delante de un ejército de tarretes y de ingredientes, afanosa porque sus labios sigan siendo de fresa, y porque su cintura no pierda la elasticidad que tan gallardamente me embauca? Si hoy mi novia, lozana y apetitosa, es una evidencia sin artificio, ¿no me está gritando este condenado periódico que mañana empezará a socavarla el tiempo, a ajar su hermosura, a destruir su fascinación, y que sólo recurriendo a complicidades químicas me recatará la primera cana, y disimulará la precoz arruga, y suprimirá el masculino vello, y apuntalará la carne fofa, la carne marchita que se cae y se ahoja, y se empalidece, y se queda sin su gentil arrogancia de antaño?

—Joven—me permití objetar, aunque acongojadamente;— joven, considere usted que no todas las mujeres necesitan...

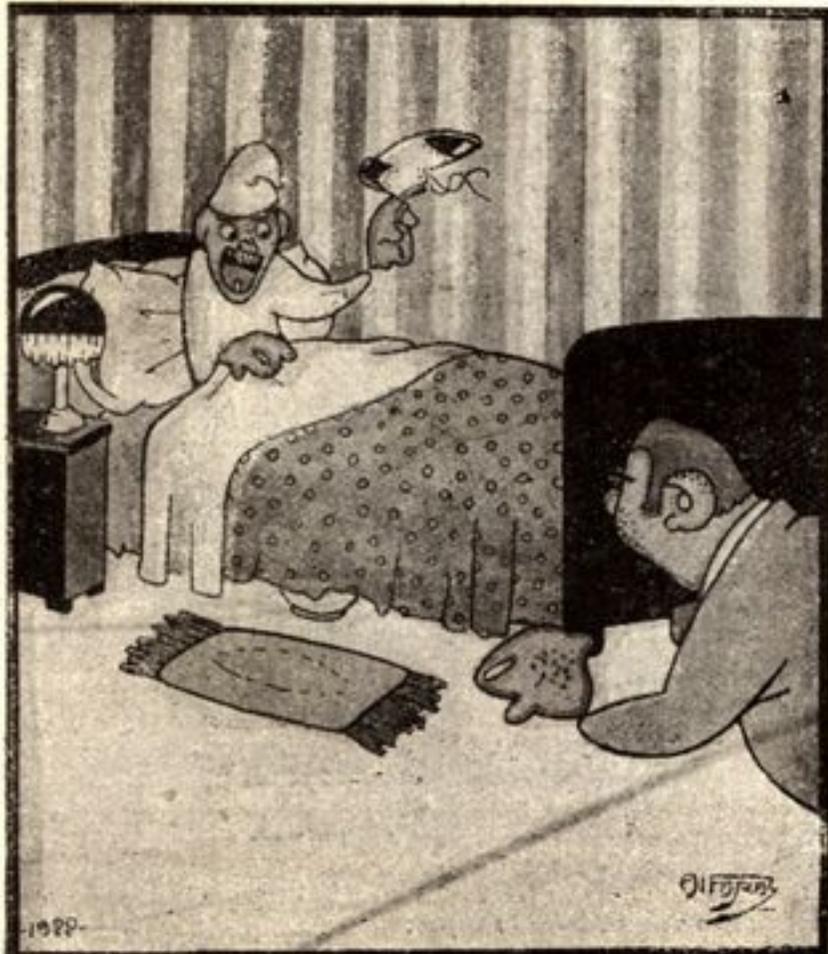
—¡Bah! usted empieza a ser viejo, que es lo peor que le puede suceder a un hombre, porque empieza por pecar de indulgente y conformadizo. No, en mi calidad de joven, soy exigente y no me conformo así como así. A mí deme usted una juventud sin trampa ni cartón; una hermosura sin afeites ni composturas... En resumen: sólo seré capaz de enamorarme de una muchacha que no lea ningún periódico de modas, que me cautive con el hechizo de su ignorancia, respecto de perfumistas y químicos; que no sea un conjunto de mistificaciones y escenografías... Esa mujer debe elegir entre la revista de modas o yo; uno de los dos sobramos.

—Pero...

—Ni media palabra más, venerable anciano.

Lo dijo secamente y dió media vuelta. Sentí tentaciones de arrojarle sobre él, y hacerle sentir la mocedad de mis puñetazos. Confieso que semejante descortesía me puso de un humor malísimo. Por fortuna para mí encontré poco más tarde a un grupo de modistillas que estaban saltando a la compa y me acerqué, con mirada humilde, para pedirles «tocino». Se rieron mucho, esta es la verdad, y aun me miraron con cierta zumbona fijeza; pero acabaron concediéndomelo. Y aquella mañana de esto llegué tarde a casa, donde mi mujer y mis hijos de mi alma me esperaban pálidos de susto, temiendo que me hubiera atropellado algún auto.

E. RAMÍREZ ANGEL.



Dib.
ALPARAZ
Madrid.

—Señor: Una comisión de la Embajada de Cañofrito desea ver a su Excelencia.

—¡Déjame dormir, imbécil! ¡No me vengas ahora con embajadas!

ACCIÓN DE GRACIAS

Los que vivimos en esta villa donde se toman tantas medidas que el atropello del auto evitan y donde apenas cuesta la vida, por tanta suerte somos la envidia de los que viven en las provincias. ¡Madrid es otra Jauja bendita! ¡Démosle gracias al que está arriba!

Aquí no hay luchas como en Melilla (aunque no faltan las intestinas) ¡niqué hay tributos de los que chinchán. Aquí no hay gentes que se intoxican. ¡A qué los trenes no descarrilan, ni los que vuelan se hacen tortilla. ¡No hay más que goces por nuestra dicha! ¡Démosle gracias al que está arriba!

Por más que visten y se atavían, según la moda lo determina, nuestras mujeres y nuestras hijas aun no se ponen esas falditas bajo las cuales con picardía en Francia enseñan las pantorrillas. ¡Aún no están locas las pobrecitas! ¡Démosle gracias al que está arriba!

El zapatero Roque Pamplinas, escandaloso sindicalista, que hace dos años reside encima de nuestro piso, lleva unos días que ni blasfema ni despotrica ni da de palos a su costilla. ¡Ya no alborota cuando se irrita! ¡Démosle gracias al que está arriba!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



DI. GARRIDO.—Madrid.

—Mira: esa ganó el año pasado un concurso de belleza...
—¿Caál de ellas?

EL ÚLTIMO ESPÍRITU

I

Aquella noche regresé a mi domicilio más tarde que de costumbre. Ello fué debido a que mi amigo Anselmo Gil celebró su despedida de soltero con una cena íntima. Y la fiesta no terminó hasta hora muy avanzada.

Después, las despedidas, las conversaciones de último momento —esas conversaciones rápidas, casi angustiosas pero inacabables— y la espera de un vehículo que me condujese a mi domicilio, me entretuvieron aún más que la misma fiesta.

¡Había de suceder así!

II

La escalera de mi casa tiene, sin llegar a ser una verdadera escalera de caracol, todas las incomodidades de esta clase de escaleras. Los escalones son altos y forman, de trecho en trecho, medios abanicos; los descansillos son pequeños, y el pasamanos, siguiendo fielmente las angulosidades de los escalones, tiene una insostenible curvatura de espiral. Tras de una libación un tanto copiosa, es punto menos que imposible el ascender por ella limpiamente, sin sonoros golpes, sin titubeos y sin caídas. Es una escalera hecha para personas formales, contrarias a trasnochar y alejadas del vicio de la bebida.

Pero no; aquella noche no estaba yo borracho como alguien puede haber supuesto al leer las anteriores líneas. El borracho pierde la memoria de todo lo que le sucede durante el tiempo que permanece embriagado y yo, por el contrario, recuerdo perfectamente, detalladamente, todo lo que me ocurrió aquella noche.

Voy a convencerles.

III

Del segundo tramo de la escalera —yo estaba en el primero— partió un fuerte soplo que extinguió la llama de mi cerilla. Y, hecha la obscuridad, dejóse oír una voz tenue, tan imperceptible que parecía emitida a muchos metros de distancia.

—No vuelva a encender, tenga la bondad.

Obedecí más que por cortesía porque el terror había paralizado todos mis miembros.

Y la voz volvió a sonar para decirme:

—Muchas gracias. Sin luz es el único modo de que usted me vea. La luz nos hace desaparecer a nosotros los espíritus.

Mi terror, que iba en aumento, llegó al límite cuando advertí cercana, dos escalones más arriba del por mí ocupado, la figura del que me hablaba, ¡Y qué figura! Tenía algo de meteoro, de fuego fatuo; era una vaga claridad irradiada por un cuerpo humano impreciso y transparente.

—¿Me reconoce? Fíjese bien.

Lo reconocí. Aquel espíritu no podía ser sino el del vecino del tercero derecha muerto hacía un año. Conservaba su aspecto bonachón y un tanto ridículo, su cuerpo bajo y ventruado, su cabeza grande y reluciente. Y todas estas líneas de su persona estaban marcadas por puntos luminosos que eran como esos trazos suplementarios de las figuras geométricas dibujadas en un encerado.

El espíritu sonrió cuando llegó a advertir que yo le había reconocido.

—No estoy muy desfigurado, ¿verdad? Los espíritus nos conservamos bien. ¡Como por nosotros no pasa el tiempo!...

Hubo una pausa y añadió:

—Le estoy muy agradecido por haber asistido a mi entierro. No merecía yo que usted se molestase.

—Lo hice con mucho gusto, señor.

—Por eso le doy las gracias. Es usted un hombre educado y de corazón, estoy convencido de ello. Tanto, que deseo pedirle un favor. ¿Usted sabía que mi mujer me traicionaba?

—Sí, lo sabía todo el mundo.

BUEN HUMOR

A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES
QUE SE AUSENTEN DE MADRID
DURANTE EL VERANO, SE SEGUIRÁ SIRVIENDO NUESTRO SEMANARIO, SIN SOBREPREGIO ALGUNO, CON SÓLO INDICARNOS
LA NUEVA DIRECCIÓN

—Todo el mundo menos yo. Yo he necesitado morir para enterarme de ello. Ha sido siempre una mujer infame, hipócrita. Ahora vengo de arriba; está con el otro. Y hablaba de mí. Se han reído de mí. Para asustarles, he comenzado a dar grandes trastazos en los muebles, a derribar sillas, y ellos sin comprender, sin advertir lo sobrenatural y queriendo darle al hecho una explicación lógica, se han limitado a decir: —Debe de ser el gato. Y han continuado mofándose de mi memoria. Ellos, como otros muchos, no creen en los espíritus. Y es que en estos últimos años el espíritu ha sido despreciado cuando no escarnecido. Se ha hecho de él un personaje bufo. Hizo un doloroso paréntesis y continuó:

—Yo soy el último espíritu que contemplará un hombre. A los seres del otro mundo nos hacen mucho daño las ironías de los de este. Pero en fin, dejemos las lamentaciones y vamos al favor de que antes le hablé. El único que me ha reconocido en mi casa es el gato. Me ha mirado nada más que entrar, me ha acariciado y se empeña en seguirme. Fíjese; aquí lo tiene.

En efecto, un poco más atrás del espíritu de su amo, divisó al felino, gracias a sus dos relucientes pupilas.

—Usted comprenderá que yo no puedo ir acompañado de este bicho. Me pondría en ridículo constantemente. Le ruego, pues, que lo guarde hasta que yo esté lejos de aquí. Tenga la bondad de sujetarlo. Eso es, muchas gracias. Para tranquilizarle, acarícielo y llámelo «Pirracas», que es como yo le llamaba. Buenas noches.

He hizo mutis.

IV

La señora del tercero derecha contrajo matrimonio, algún tiempo más tarde, con su antiguo amante.

Y, la noche de bodas, volvió a presentarse ante mi vista el espíritu del esposo muerto.

Traía el semblante lleno de la más viva alegría. Frotándose con fruición ambas manos, me dijo:

—¡Ya estoy vengado de ambos!

Y, silbando una canción de moda, desapareció de mi vista.

No he vuelto a ver al espíritu.

Aquel, según sus mismas palabras, debió de ser el último.

J. SANTUGINI PARADA

BUEN HUMOR se vende en la HABANA en la Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, Pl y Margall, 135-139



—¡Mira, Filo! ¡Está llenando su estilográfica!

DID BURGSTRÖM.—París.

ESCENA DE SAINETE

Los lectores perdonarán que les aticemos el sainetesco desahogo que va a continuación; pero, a poco que mediten, sacarán la consecuencia de que nosotros no tenemos la culpa. En efecto, voces autorizadas y estentóreas vienen clamando por la rehabilitación del sainete, por la exhumación del armonioso y wagneriano piano de manubrio, por la reintegración a nuestras costumbres del chulo castizo y sollozante de amores, por el imperio de la borrachera sabática y contundente... Esos nobles defensores de lo antiguo, añoran la *puñalá* y la *torta* en escena, gimen porque ya no se dice en el teatro *¡anda la órdiga!*, *¡dános otras co-*

pas! y *¡recuerdos a tu tía la de Cuenca!*, y están dispuestos a jurar que España camina hacia su perdición, porque ya no hay guardias gallegos, ni serenos que no van cuando les llaman, ni diez churrerías en cada calle, ni un crimen pasional, por lo menos una vez a la semana.

¿Podemos nosotros consentir que los castizos y los clásicos sigan llorando a moco y baba? ¿Qué trabajo nos cuesta contribuir a esa vuelta del sainete que, con tanta fidelidad, sabía pintar tales excelencias?... Todo consiste en ponerse a escribir en mangas de camisa, y durante la digestión de un cocido que tenga muchísimo tocino, y

la escena de sainete antiguo sale pero que como una seda. Naturalmente, para que salga mejor, es preciso pintar tipos que uno no sienta ni haya tratado en su vida. Por ejemplo, un servidor de ustedes no puede ver el vino ni en el escaparate y cuando se encuentra a un *curda* se va por la otra acera. Pues un servidor se saca de la cabeza dos borrachos, los coloca en el escenario, les da cuerda (porque con *curda* sólo, no hablarían), y los dos gachós empiezan a decir groserías durante un cuarto de hora, al final del cual quedamos en que un repetido servidor es un sainetero ilustre y en que eso es la *chipén* y no el *cabaret*, el

taxi, el Metro, los ascensores, los aeroplanos y los cuartos de baño que hemos copiado de París, cosas todas que no se pueden comparar con diez de recuelo, cinco de *bolas*, un par de alpargatas, un salivazo por el colmillo y una buena faca de Albacete para meterse en la tripa al que nós pise un callo.

Consciente, pues, de esta serie de verdades, esgrimo la pluma y me da la gana de disponer que salgan a escena CIPRIANO y ULPIANO. Los dos son albañiles, y por eso conducen cada uno un egregio tablón que acaban de adquirir a medias en la taberna de Sixto. Cipriano va echado sobre Ulpiano, y Ulpiano, para imitarle, va echado sobre Cipriano. Este, aunque ustedes dirán que eso es un desatino, viene leyendo *El Debate*; pero, como verán en seguida, si viniese leyendo *El Imparcial* no podría decir cosas tan graciosamente castizas como las que dice.

CIPRIANO.—No estoy conforme con *El Debate*.

ULPIANO.—Ni yo. No, señor. ¡Que se calle *El Debate*!

CIPRIANO.—Este artículo es una ofensa a las clases populares.

ULPIANO.—¡Un escarnio! ¡Un sarcasmo! (Estentóreamente). ¡¡Que se calle *El Debate*!!

CIPRIANO.—¡Empieza por dar ejemplo y cállate tú, que en esta calle hay eco y se multiplican tus protestas y yo padezgo de neuralgia..., y es que me

voy a la cama si no te comprimes, a pesar de que allí me encontraría con Liboria y esa sí que no se calla ni por las buenas ni por las enfermizas!...

ULPIANO.—(Un poco *mosca*). Bueno, no sé si te habrás dao cuenta de que estoy callao ya hace media hora.

CIPRIANO.—Ya lo había notao, Ulpiano. Voy, por tanto, a proseguir la lectura. (Leyendo). «Los poderes públicos deben acometer sin vacilaciones la tarea de extirpar la inmoralidad. Quedan todavía en Madrid muchos cafés cantantes... Quedan todavía muchísimas tabernas...»

ULPIANO.—¿Ves? ¡Así se escribe la Historia!... ¡Cómo se conoce que a los de *El Debate* les sirven el vino a domicilio! ¡Si lo tuvieran que buscar, como nosotros, apreciarían la escasez de establecimientos! ¡Decir que quedan muchas tabernas y no se encuentra una ni con candil!

CIPRIANO.—Tienes razón: ni con candil ni con linterna eléctrica. Es decir, con linterna eléctrica, peor. Yo, cuanto más *alumbrao* estoy, menos tabernas vislumbro.

ULPIANO.—Sigue prosiguiendo la lectura.

CIPRIANO.—(Leyendo). «Estamos seguros de que el cierre de las tabernas y de los *cabarets* con camareras restituirá al hogar a muchos hombres descarrilaos...»

ULPIANO.—¿Descarrilaos?

CIPRIANO (lee).—«Descarrilaos». (Al

otro.) Dice descarrilaos. Es que no había visto la coma. (Leyendo). «El domingo, en lugar de esas diversiones groseras, podrán las familias obreras esparcirse por las afueras, y al compás del clásico organillo...»

ULPIANO.—Podrán mover las caderas.

CIPRIANO.—¡Ya me extrañaba a mí que tú no la metieras! ¿Cómo quieres tú que hable de caderas un periódico como *El Debate* que es católico-epostólico-madrileño y, por consiguiente, anticaderístico?... *El Debate* saca la consecuencia, pero no saca la cadera...

ULPIANO.—Bueno, pues lo que yo te digo es que eso no lo debe leer un obrero consciente. El obrero necesita vino pa poner al sistema muscular en condiciones neurasténicas y *sicológicas* pa el trabajo manual.

CIPRIANO.—¡Eh!

ULPIANO.—El obrero necesita contacto con las camareras...

CIPRIANO.—Pa el trabajo manual también.

ULPIANO.—Y pa el descanso intelectual que se deriva de la conversación... ¡Y hasta en uno de esos *pusparleres* puedes encontrar la mujer que te hace falta pa constituir un hogar feliz!... Ya sabes que un cuplé de nuestros buenos tiempos decía que para el amor no había otro ser más seductor que la mujer.

CIPRIANO.—¡Naturalmente! ¡Como que si para el amor quieres utilizar un barbero o un domador de osos, haces el ridículo en nuestros buenos tiempos y ahora!

ULPIANO.—¡Claro que todo esto lo dice *El Debate* porque estamos en España, que si estuviésemos en Rusia... si estuviésemos en Rusia, no lo diría como lo dice!...

CIPRIANO.—Pero lo diría en ruso, y traduciéndolo sería lo mismo.

ULPIANO.—No digo eso. Digo que en Rusia, el obrero se ha emancipao y vive y bebe como le da la gana. Y la revolución rusa te azvierto que fué una cosa de lo más sencillo. Yo sé cómo fué, porque me lo ha contao un amigo de Pestaña que estuvo allí. Total, un día se juntaron unos cuantos valientes, se tomaron unos frascos de vino y unas judías pa hacer coraje y, después de las judías, ¡pim, pam, pum!... ¡La revolución desde abajo!

CIPRIANO.—Si fué así, es indiscutible que fué desde abajo.

ULPIANO.—Y en cambio aquí, ¡ya ves!, los obreros no hacemos ná.

CIPRIANO.—¡Hombre, tanto como ná, no digo! ¡Pero yo hago lo menos que puedo!... ¡Y, a pesar de eso, me fatigo lo mío!

ULPIANO.—¡Pues de esa apatía tiene la culpa el capital, na más que el capital! ¿A que no sabes tú por qué no trabajas?

CIPRIANO.—Porque no me da la gana.



Dib.
MIHURA
Madrid.

—Viene una a tomar baños de placer, y resulta que tiene que tomarlos de impresión... de impresión de placas fotográficas.

ULPIANO.—Pues no, señor. Porque el capital no aprovecha tus iniciativas.

CIPRIANO.—Y porque no me da a mí la gana, Ulpiano, no te pongas tonto. ¡Si lo sabré yo!...

ULPIANO.—De todas maneras, tú trabajarías más a gusto si aquí se hicieran las cosas como en el extranjero y como en Francia. Aquí, en Madrid, hace falta acometer un plan de reformas que sería la salvación del obrero y el embellecimiento de la metrópoli.

CIPRIANO.—En eso de acuerdo.

ULPIANO.—¿A que no has sentido tú una emoción tan agradable como cuando has colocado una primera piedra?

CIPRIANO.—Como que es mi especialidad. Yo no he colocado en mi vida más que la primera piedra. A la segunda, ya me he tenido que sentar.

ULPIANO.—Chirigotas aparte, es un ludibrio que Madrid lleve ya cuarenta años a medio hacer. ¿Me quieres tú decir quién va a ver acabada la Gran Vía?

CIPRIANO.—Chelito, que es la única cosa longeva que conozco.

ULPIANO.—¿Y no es una ignominia que carezcamos de agua los madrileños, nada más que porque no quieren agrandar el canal de Isabel II?... Y eso que hay dos remedios: el uno, convertir el canal de Isabel II en canal de Isabel IV, y el otro, aprovechar las aguas del Manzanares. ¿Por qué razón el Manzanares canalizado no nos podía suministrar de agua a los madrileños y por qué esa agua no había de ser filtrada?

CIPRIANO.—Y con azúcarillo.

ULPIANO.—Ocurre lo mismo que con el matadero. Con el dinero que aquí nos hemos gastado en ese monumento, debíamos tener un matadero como el de Chitecago, en los Estados Unidos, donde por un lado metes un cerdo vivo y por el otro te sale una ración de jamón en dulce y una copa de Jerez.

CIPRIANO.—Es que en este país no se discurre.

ULPIANO.—¡Ni más ni menos!... Mira, mi señor padre era carbonero. Ya ves que el oficio no puede ser menos arquitectónico. Pues, bueno, me dejó al morir un proyecto de reforma y saneamiento de Madrid, que rifete de todos los aligustres de Valvellano. Escucha y aprecia... Derribo de la calle de la Luna, que no tenía más inconveniente que luego faltarían cuartos; traslado del distrito de la Inclusa al distrito del Congreso; supresión de todos los adoquines en la Universidad; instalación de quince fuentes de vino, absolutamente públicas, pa que corrieran los domingos; asfaltar la Plaza de Toros pa evitar el barro los días de lluvia; traslado de todas las comisarías a Alcalá de Henares; declarar monumento nacional a la cárcel modelo y, por tanto, cerrar el abanico; poner cerradura inglesa a la Puerta de Toledo; hacer que la banda municipal toque en la

Casa de la Moneda todos los días de sorteo, con el fin de que al que no le toque la lotería, le toque por lo menos la banda; y finalmente, levantar estatuas a todos los personajes eminentes que todavía no la tienen: a Maura en el Retiro; a Romanones, en el Hospicio; a Bergamín, en la Casa de Fieras; a Sánchez Guerra, en el Cerro del Pimiento, que es donde se pone a los coléricos, y a Weyler, en el Rastro.

CIPRIANO.—Hombre, allí está ya el héroe de Cascorro, en la cabecera.

ULPIANO.—Ya lo sé; pero a Don Valeriano le pondríamos a los pies.

CIPRIANO.—¿Cómo a los pies?

ULPIANO.—Que le llevaríamos a las Américas. Allí creo yo que podría pasar.

CIPRIANO.—Y la estatua de tu papá, como autor de la reforma, ¿dónde había que colocarla?

ULPIANO.—Pues muy fácil. ¿No ves que era carbonero?

CIPRIANO.—¡Ya caigo! ¡En la calle del Carbón!

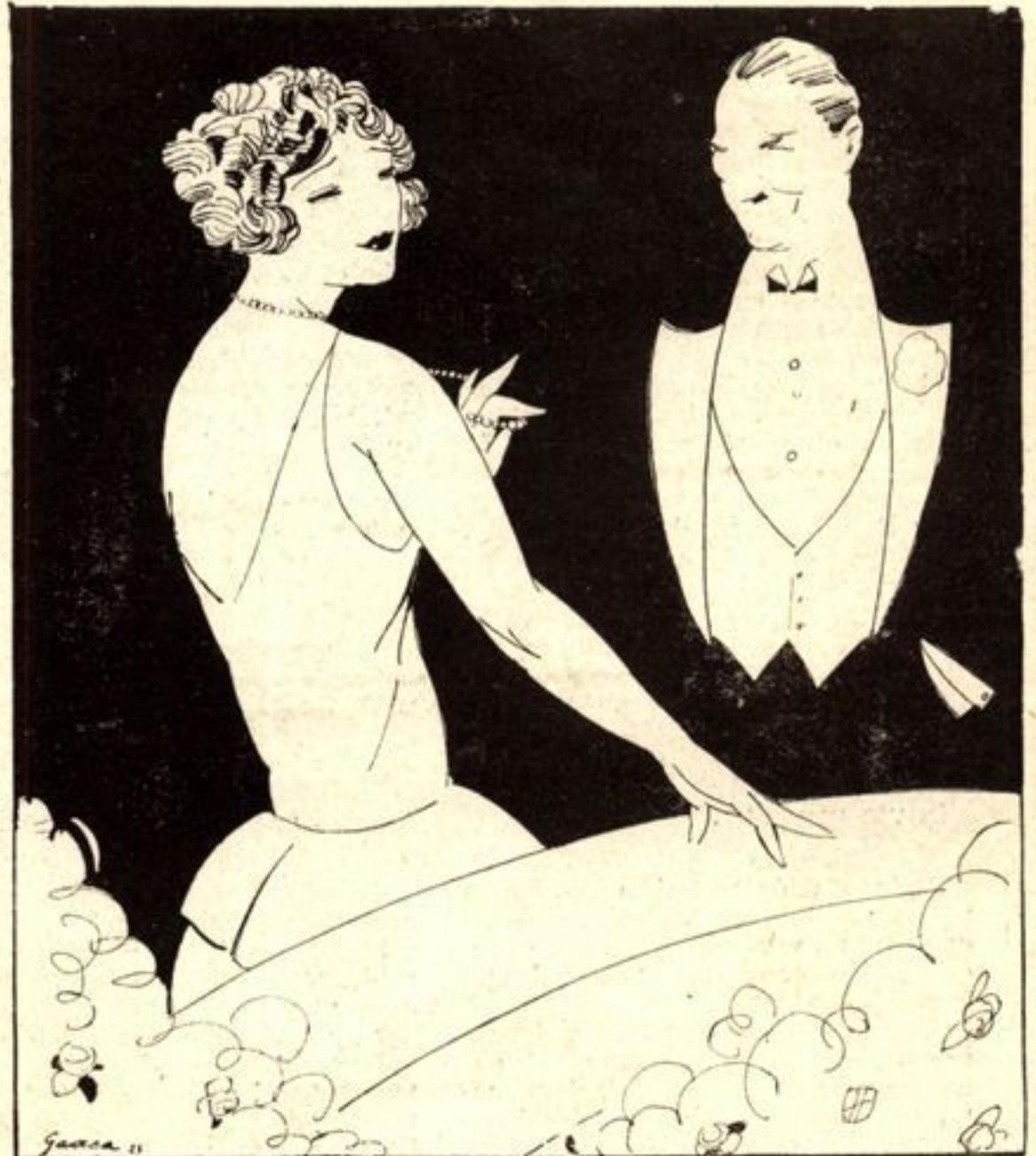
ULPIANO.—¡Pues, no, señor! ¡Entre la Corredera Alta y la Corredera Baja!!

Y al llegar aquí, queridos lectores, no es que termine la escena sino que suponemos que se habrá ya terminado la paciencia de ustedes y no queremos seguir ni un momento más por tan expuestísimo camino.

Pero conste que sabemos hacer escenas de sainete clásico. No falta, para que el clasicismo sea completo, más que la protesta tumultuosa del público.

Háganmela sentir y seré absolutamente dichoso.

ERNESTO POLO



Dib. GAACA.—Madrid.

—¿Le gustan las mujeres que hay en el baile, marqués?
—No sé, señorita, ¡soy poco inteligente en pintura!...



ABRÁN ustedes que en el Circo de Parish se ha presentado el acontecimiento de la semana o por mejor decir, del año: Miss Quincy, por mal nombre y por nombre adecuado: *La Venus moderna*.

Todos los días podemos ver en el Circo a Venus saliendo de las aguas. Saliendo y entrando, por supuesto. O mejor dicho, al revés: entrando y saliendo.

No hace otra cosa Miss Quincy: sale en traje de baño, se tira a una piscina de varias maneras, y está tan superiormente de todas las maneras, que se queda usted, lector, con la boca abierta y se le hace a usted la boca agua, convertida en piscina también, sin duda con la esperanza remota de ver si, por si acaso, se confunde la Venus de piscina.

Creárame ustedes que es un espectáculo.

Antes los antiguos se daban tono porque eran los únicos que aseguraban haber visto el prodigio. Ahora ya, ¡todos iguales! «*fai vu ça, moi!*»

Sí, señores; estos ojos que se ha de tragar la tierra han visto a la Venus que se había de tragar el agua.

Pero la Venus de hoy no es la Venus de entonces, ni con mucho.

Ha llovido mucho desde entonces y las aguas van por otros caminos. No en vano esta Venus es *moderna*. Esta Venus ha venido de París, como todo el mundo, actualmente, lo queramos o no lo queramos, venimos de París. Los niños lo creen y los niños son los únicos que aciertan, porque toman en serio las bromas, que es el único modo de acertar. Sí: venimos de París, y al decir París, quiero decir Occidente,



BAMBALINAS DIABLAS Y TRASTOS



quiero decir Europa; y al decir Europa, quiero decir América. La cosa está clara, ¿no? París está hoy por todas partes y París no existía del todo—aunque sí algo—en tiempos de los griegos: de ahí la diferencia.

La Venus griega, salta, por ejemplo, desnuda de las aguas. Esta Venus de hoy, norteamericana, —y parisiense— sale desnuda y vestida: las dos cosas.

¡Hay que ver!... Ahora sí que puede decirse... Esta *girl* lleva un *maillot* blanco, gentilísimo, justísimo. A la cabeza un paño blanco, hecho un gran nudo. Así se tira al agua. Pero antes de tirarse al agua, para salir a la pista y presentarse al público sólo con un abrigo-capa, que ni es abrigo ni es capa, pero que es una maravilla. Figúrense: una gasa blanquísima y finísima cortada en forma de esclavina larga o más bien de capa corta, que casi llega a las corvas. La capa, cerrada, y rematada por un anchísimo *marabout* blanco en el cuello y otro borde de lo mismo rematando el vuelo inferior. Nada más aereo, vaporoso, ligero y bellísimo. Nada tampoco más puro y más irónico: irónico, porque se burla, y puro, porque se burla para sonreír, sin engañar a nadie, sin doblez, no para mofarse.

Aquella capa no tapa, no cubre, ni siquiera descubre o vela para más incitar; no. Venus es diosa pagana y, por lo tanto, inocente; o por lo menos, natural. Coqueta, sí; femenina; pero coqueta con naturalidad, porque su naturaleza es esa. A esta Venus le ha nacido esta capa lo mismo que a la mariposa le nacen las alas: por una de las varias metamorfosis de su naturaleza: por lujo natural. Lo mismo que la mariposa tiene cuerpo y alas, ésta *girl* tiene cuerpo y capa, y nos enseña ambas cosas y ambas a la vez; con lo cual, de dos cosas bonitas salen tres: el cuerpo, la capa y la combinación del cuerpo y la capa, visto a la vez por separado y a un tiempo.

Nosotros, con sólo ver su aparición comprendimos que este periódico tenía que recoger en el acto aquel acontecimiento: aquella capa entraba de lleno en los dominios del buen humor moderno. Nunca habíamos visto un traje tan inútil, tan franco y sonrientemente inútil.

Aquella *toilette* elegantísima nos estaba diciendo: «Fijaos y no supongáis que me pongo este traje por abrigarme, por cubrirme, por incitar o por respeto a las conveniencias sociales; no, por nada de eso: me lo pongo porque hace bien y es gracioso».

Y en efecto, ni tentador era siquiera; era gracioso y bellísimo. Era eso, lo que debió de ser la *salatico*, pero decantada a través de los tiempos y mejorada por lo que suponen de civilización todos esos tiempos transcurridos. Alguna Tanagra que ha puesto, sin duda alguna, andando el tiempo, un taller de modistas, confeccionó, con toda superioridad la capa de Miss Quincy.

Luego, cuando Miss Quincy sube a la tabla para arrojarla desde allí a la piscina, se desprende de la capa y queda la Venus limpia.

No he dicho desnuda. He dicho limpia. Porque sigue estando, como cuando llevaba la capa, «vestida», y no con el *maillot*, sino consigo misma. ¿Se os ocurre nunca pensar que una paloma o que una azucena, que una camelia o que una zebra están desnudas? No: para estar desnuda hace falta haber estado vestido, encubierto; haber explotado los recursos de taparse y destaparse. Miss Quincy no ha jugado a eso. Ha jugado a ser como es: «Venus», por naturaleza; «moderna», por civilización.

Miss Quincy, en la altura, al borde de una tabla de caseta de baños, juntos los pies, vertical, erguida, levanta los brazos y une la punta de los dedos

mostrándose así, como una esbelta lanzadera. La vemos entonces así: «a cuerpo limpio». No desnuda, y menos desnudada. A cuerpo limpio.

La forma es pura, el cuerpo completamente rosa: rosa y blanco —el rosa de la carne y el blanco seda del *maillot*— la fisonomía de chiquilla, y el rostro, blanco y rosa —el rosa de la cara y el blanco de los dientes en la boca que rie, alegre y joven.

¡Ríe!... ¡Ya!... Por eso no estaba desnuda esta mujer. Ahora caemos en la cuenta. La risa es flor del alma y esta mujer tiene una sonrisa de alma alegre y sin pensamiento ninguno, ni ciencia del bien y del mal: naturaleza pura y limpia. Estamos por creer que se han equivocado y no es Venus, sino Eva, una Eva que tiene los dientes para embellecer la risa de contento y no para morder las manzanas de la discordia.

Miss Quincy al fin se tira al agua; sale gozosa, chorreando, riendo... Lanza un grito... ¡Ay!... De niño, de pájaro... Un grito que dice «¡Ya está!» con monada de criaturita que finje haber hecho una proeza para que le den un caramele —los aplausos. Este grito es lo mismo que la capa: ¡juego; ganas de hacer gracia.

Y con el mismo gesto, con la misma boquita de chiquillo alegre pero un poco mimosa, va subiendo, peldaño a peldaño por una escalera vertical hasta el mismísimo techo del Circo. Es el momento sensacional del espectáculo. Desde allí, en pie sobre una ménsula de un palmo, se ha de tirar de cabeza a la piscina de diámetro más bien reducido.

Aquí estamos ya ante otra de las gracias modernas que acaso no tuvo la Venus antigua: el *sport*.

¿Fue deprecrista Venus? No lo sé. Lo sabré cuando, de mas viejo, me dedique a la erudición. Hoy me contento con saber que la Venus de hoy es Venus Deportista. Por eso también acaso, le venga de ahí la inocencia. Ama el ejercicio, la destreza, el peligro. Es necesario, en aquel momento estar pensando, más que en presumir o en inquietar al prójimo, en cumplir con exactitud el juego aquel, preciso, en donde la menor inexactitud puede costarle la muerte. No pierde sin embargo el sentido de la línea porque tiene el buen propósito de guardar hasta el fin —aunque el fin pueda ser la muerte misma— la sonrisa, la gracia, la gentileza bella en la precisión y en el peligro. Por eso nosotros, nacidos en la tierra del toro, debíamos ser los primeros en aplaudir y admirar a esta mujer —(Miss Quincy ha venido a España antes de haber trabajado en ninguna parte de Europa)—porque en los toros pasa igual. También el momento en que la nadadora extiende los brazos y lentamente, lentísimamente, se deja caer en el vacío, es un momento —tan lento, pero al mismo tiempo tan rápido— tan majestuoso y tan bello como el momento solemne del... volapié. No encontramos mejor equivalente.

MANUEL ABRIL

== PATRAÑAS ==

En un vagón de la vía muerta.

En la estación central se amontonan tantos vagones en las vías muertas que pasan a veces años sin que se requiese alguno como si se tratase de una guardilla.

En unos de esos vagones se ha encontrado hace días una momia de paleta que no se ha podido calcular cuantos años hacía que estaba dormido en el tren.

Contra esa posible catalepsia del viajero en los vagones estacionados en las vías muertas, debía de haber timbres de alarma que, así como los que acaban en el cabeza del maquinista, naciesen en la máquina y acabasen en la cabeza de los viajeros.

El que pudo nacer cuando yo.

Cuando yo nací estubo a punto de nacer otro en vez de mí.

Este es un lío muy gordito e inexplicable, pero yo me entiendo y, además, aseguro que es verdad lo que digo.

Yo no sé como era el tal ente que fué a ser yo en vez de yo mismo; pero tengo idea de un tropezón y de un pujo disimulado que me dieron en el portillo de las almas.

A veces, cuando he encontrado en generaciones posteriores a la mía el que hacía papel de detractor mío, he pensado si será aquel que pudo nacer cuando yo.

Claro que me parece injusta esa inquina después de pasado aquello, por-

que, al final, tiene ahora la ventaja de que es más joven que yo.

El danzante rebelde.

Cuando el rey de Inglaterra fué a visitar la colonia de Kiyuara se preparó un gran baile en su honor, pero hubo un danzante que se negó a bailar delante del rey de los blancos.

En vista de la negativa hubo una pausa embarazosa antes de comenzar la danza; pero, es que había habido que cortar la cabeza del danzante rebelde antes de comenzar el jaleo.

Nada, un percance insignificante del que no se enteró siquiera el rey.

El gran fibor japonés.

Aquel gran jarrón estaba frente al

balcón y dibujaba sobre los visillos la silueta de una mujer de opulentas caderas, puesta en jarrón.

Todos admiraban sus proporciones; pero, sobre todo, la dueña de la casa que acostumbraba a guardar allí a su amante cuando su esposo volvía, porque se había olvidado las llaves o se había ido sin pañuelo.

Pero un día el marido se sintió galante, porque era el aniversario de no se sabía qué cosa que no recordaba la esposa y apareció con un monumental ramo de flores, que plantó en el fibor, comenzando a echar agua y más agua dentro para que los rabos de todos se enjugasen bien en aquella gran tinaja.

—¡Otra jarra de agua!—decía a la doncella de vez en vez, mientras colmaba el jarrón.

—¡Basta ya!—gritó por fin el alma del fibor y, el marido estupefacto, abandonó el jarrón y no echó más agua en él.

El secreto del champagne.

El secreto del Champagne es un secreto de Francia que no pueden pillar los fabricantes extranjeros, que traen máquinas de hacer burbujas, coladores sutiles, alcoholes de perfumería refinada, ¡y nada!

Yo lo voy a divulgar y que me perdonesen los viticultores franceses.

El secreto del Champagne está en que pisan la uva las más bellas mujeres de la región, escogidas sólo para eso entre lo más fino de la belleza francesa.

Yo me he asomado a un lugar de la Champaña y he presenciado el baile más encendido de los bailes, el baile sincero, ensobrecido de verdad, pleno de sinceridad, pleno de sustancia.

En la soledad del lugar, sobre la muelle vitalidad de la vida, sentían aquellas vírgenes bailarinas la embriaguez del mundo al que iba a mezclarse, aprovechando sus mejores horas aquel líquido que rezumaba bajo sus pies, que levantaba su olor frutal en la faena sin artificio.

¿Se podrá imitar con otras mujeres que no sean las blancas y rubias francesas el baile del champagne?

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

ECOS DE ALGUNAS PARTES

(YA DIJIMOS EL OTRO DÍA QUE DE TODAS PARTES NO PUEDE SER)

Nuestro corresponsal en Paramaribo nos escribe alarmadísimo participándonos que en una cárcel de tan lejana y ma'sonante población se está desarrollando una epidemia de ataques de epilepsia que lleva ya producidas más de doscientas víctimas entre los penados que en ella tienen adecuado (aunque no agradecido) alojamiento.

Lo que más alarma ha causado a nuestro tierno corresponsal es el absurdo que se verifica en el momento de ser atacados los pobres reclusos por la enfermedad. Porque es el caso que todos caen presas del ataque en menos de dos minutos. Y a nuestro buen amigo le conmueve y le estupefactiza el hecho de que un hombre que, de pie, es preso, al caer sea presa.

Por desgracia, no está en nuestras manos arreglar esa injusticia.

Recibimos de Tomboctú una noticia curiosa que brindamos a los naturalistas. La semana pasada aparecieron en unos campos cercanos una infinidad de hongos venenosos, y cuando se pensaba en arrancarlos en previsión de seguras intoxicaciones, vióse con extrañeza que habían desaparecido.

Ahora bien, esto coincidió con la

llegada de unos sabios que pretendían descubrir aquellos campos y parece ser que ya se tiene una explicación satisfactoria del hecho. Se supone que los campos antes de que les descubrieran, prefirieron descubrirse ellos y por esa misma razón desaparecieron los hongos.

Y es que se los quitaron los campos, en el momento de descubrirse.

En Fuerteventura, delicioso paraje de las Islas Canarias, ha ocurrido estos días un suceso que tiene consternado al vecindario. Un natural del país empleado en un comercio, ha desaparecido llevándose doce mil pesetas que pertenecían a su principal pero que ahora le pertenecen a él.

Registramos el suceso por parecernos, después de todo, muy legítimo que un canario, al levantar el vuelo, se lleve el pico.

En el mar del Norte hay un pájaro, parecido al cuervo marino, que come calamares.

Puede observarse cuando está en plena digestión en un detalle muy sencillo....

Y es que entonces tiene finta en la pluma.

Una aventura, casi desconocida, del general Huerta, acaba de llegar a nuestros oídos. Dícese que este ilustre militar, en un viaje por ciertos sitios inexplorados de América, cayó en manos de una tribu de distinguidos antropófagos, los cuales se dispusieron a deglutírselo totalmente.

Se añade que, sin embargo, a los pocos minutos de tomar los antropófagos tan extrema resolución, desistieron de llevar a cabo el banquete, y la vida del general fué más respetada que las tobilleras en Madrid.

¿Qué había pasado?

Pues sencillamente que, al confeccionar el cocinero el *menú* y presentárselo a los comensales, estos hicieron un gesto de disgusto y rechazaron el plato que pensaba hacerse a costa del general.

Y es que el *menú* decía: *chuletas de Huerta*, y los invitados opinaron que ese manjar se lo debía comer Rita.

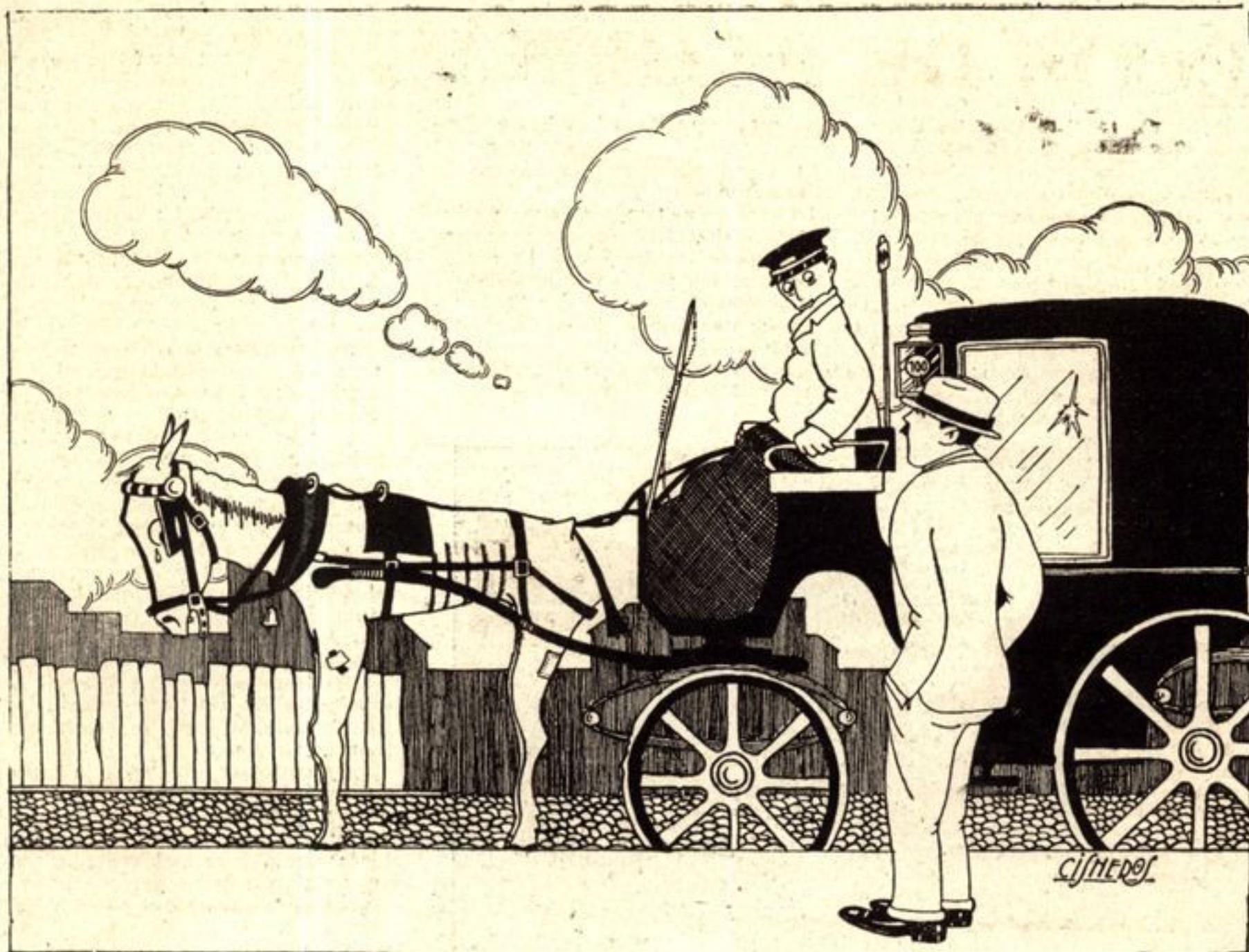
Yo hubiera hecho lo mismo, y ustedes seguramente también. ¿No es verdad?

Néstor O. LOPE



Dib. TIKET. - Madrid.

—¿No me pedía usted lumbre hace un rato?... Pues ahí tiene usted el mixto.



Dib. CISNEROS. — Madrid.

—¿Qué vale esto, cochero?
 —Dos cincuenta.
 —¡No le pregunto por el caballo, sino por la carrera...

SÓLO PARA LOS ADMIRADORES

VEINTISÉIS HORAS DE FELICIDAD, VEINTICINCO PESETAS

Tengo la extraña virtud de «hacerme cargo» y, por lo tanto, no olvido nunca el lugar que me corresponde.

Esta afirmación tal vez deje suspenso al lector como si se hubiera presentado a unas oposiciones a la Judicatura, pero no importe que así suceda, porque me es imposible seguir avanzando sin dejar bien sentado previamente que en esta montaña rusa que es la vida, ocupo siempre el lugar que se dignó marcarme con hilo rojo el Supremo Hacedor.

La vanidad, ese tóxico que se introduce en las venas de todo el que crea algo, no se ha sumergido jamás en mis vasos sanguíneos y cuando hago examen de conciencia —en esas horas un poco imbéciles en las que giramos en el lecho sin haber conseguido cazar a lazo el sueño bienhechor y aceporrante— cuando hago examen de conciencia, digo, me encuentro con que he vivido una serie de años sin efectuar gran cosa de provecho.

Esto siempre me entristece un poco

y lleva a mi ánimo tal cantidad de incongruencia pesimista, que muchas veces, para consolarme, me he comido un trozo de la finísima colcha de harpillera que cubre mi regia cama.

Con todas estas simplezas que anteceden quiero llegar a la consecuencia maravillosa de que tengo formado de mí mismo un concepto más bajo que un taburete sin patas.

Y de aquí surge — como quien lava con jabón de brea y tolú — el asombro,

mezclado con algo de paralización del pulso, que me produce esta frase:

—Soy admirador de usted.

Juro, con la mano puesta sobre un sobre que contenga los Hechos de los Apóstoles y cinco versículos del Eclesiastés, que me han dirigido esa frase en varias ocasiones. Quizá al lector le produzca un asombro igual al mío, y acaso se pregunte con la boca abierta:

—¿Pero, y qué es lo que admiran de este tío?

No me extrañaría lo más mínimo que eso ocurriera. Porque desde el primer día que conocí a un admirador, me lo estoy preguntando yo «in mente» o «pa mis adentros», dicho de un modo

más... carlovingio. Y, nada, no doy con ello. Desde luego, la arrogancia de la figura no es, porque, en punto a físico, me coloco yo de atracción en una barraca poniendo fuera un retrato de busto hecho por Kaulak, y hay un disturbio de esos que obligan a dimitir al gobernador para entrar en la barraca de la exhibición.

La cara no es tampoco, porque sólo de tarde en tarde conozco a una mujer que no se desmaye al verme. La voz no puede ser, porque cuando hablo parece enteramente que está circulando un volquete mal engrasado y la simpatía natural menos; porque yo, como simpático, soy un recaudador de arbitrios.

¿Qué es entonces? ¿Por qué me admiran los que admiran?

Un amigo del alma me lo ha dicho y me ha dejado casi cataléptico. Agárrense ustedes... Me admiran el humor. Sólo así se comprende que haya tropezado por ahí con caballeros dignísimos que exclamaran al conocerme:

—¡Ah! ¿Pero usted es Fulano? ¡Cuánto me alegro! Le leo siempre y soy un gran admirador de usted.

Repito que esto me ha sucedido muchas veces y añado que ello no me envanece absolutamente nada. Todo el mundo es libre de admirar lo que quiera y a quien quiera, y yo—durante años enteros—he admirado de un modo parosíptico a un individuo que frefa buñuelos en Bellas Vistas de tres a seis de la madrugada. Y mi tío Polidoro admiraba a mi tía Rebeca, que tenía la habilidad extrema de encontrar siempre la forma de llevarle la contraria.

Ignoro si por esos mundos de Dios tengo alguna admiradora; pero si la tengo que se incluya entre sus camaradas del sexo fuerte, porque he decidido dirigirme a todos en globo esférico.

La admiración que siente por mí ese puñado de españoles me enloquece de entusiasmo, llega a lo profundo de mi violáceo corazón, pero es preciso declarar que eso no basta.

Pongamos que, gracias a la respetable cantidad de majaderías que soy capaz de urdir semanalmente en unas cuartillas, mis admiradores se sienten felices media hora todos los domingos y multipliquemos por cincuenta y dos semanas que tiene el año... Total: veintiséis horas anuales de felicidad que proporciona este seguro servidor a esos caballeros...

Y ahora indaguemos: ¿veintiséis horas de felicidad valen—tasadas muy por bajo—veinticinco pesetas? La sana razón afirma. Las valen. ¿Qué no vale la felicidad?

Consecuencia final: si esos admiradores son hombres de verdadera conciencia, me debe cada uno veinticinco pesetas. Corolario póstumo: ¿qué hacen esos hombres conscientes que no me envían sus cinco duros por barba, incluidos los afeitados?

¡Eso es admirar, y lo demás, ganas de amargar a un hombre que tiene la vida pendiente de una estilográfica con llene automático!

Creo que no necesitaré decir más. En esta Administración espero anhelante y con principios de fiebres de Malta las respuestas de mis admiradores.

¿Qué se apuestan ustedes a que no hay uno sólo, ni uno, que lo sea de verdad?

¡Oh! La ingratitud está más extendida que una ninfa durmiente...



Dib. ESCRIVÁ.—Valencia.

LA INSTITUTRIZ.—¡Pero qué torpe eres! A tu edad sabía yo todo eso ..
EL NIÑO.—¡Sí, pero no tendría usted la misma institutriz que yo!

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



— ¡Pero doña Venusta! ¡Es usted incorregible! ¿También ese le gusta?
— Ay, sí! ¡Ese es mi fiaco!

Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

UNA HISTORIA DE ELEFANTES

Dos son las cosas que me agradan más en este mundo. Una, ver gratis una función; la otra, ir al teatro sin pagar.

Por eso cuando mi amigo Ruibarbez me regaló una delantera para el Circo, experimenté gran alegría. Precisamente tomaba parte en el espectáculo un número que ansiaba conocer: unos elefantes amaestrados, cuyo domador, no contento con hacerles jugar a la oca y bordar en cañamazo, les había enseñado a que le afeitasen, operación en la que no contraía un músculo. ¡Y pensar que nosotros nos afeitamos solos, y así y todo nos apuramos!

Mucho antes de empezar la función ocupé mi localidad, convencido de que hubiera sido vergonzoso llegar de los últimos, llevando delantera.

Cuando los paquidermos salieron a

la pista, me convencí de su corpulencia. Eran tres, y por cierto uno de ellos, se parecía extraordinariamente a un mi amigo de la infancia. Rompió a tocar la música y comenzaron a dar vueltas a la pista con un trotecillo que aumentaba por segundos, mientras con sus trompas, dignas de la Filarmónica, saludaban graciosamente al público. Rápidamente aceleraron el paso, hasta llegar al galope tendido. Daban diez vueltas al minuto, luego cuarenta, luego noventa; hubo instante en que juraría dieron en menos de un segundo más vueltas que en la taquilla del Metro pueden dar un domingo. Y no era esto lo más asombroso, sino que empezaron a crecer en tamaño. Primero me pareció una ilusión óptica; luego no tuve más remedio que convencerme. Crecían a cada momento, a cada nueva

vueltas. Al salir a la pista, tendrían cuatro metros de altura, y ahora que llevaban unos diez minutos al galope, me hubiera dejado coronilla si no alcanzaban veinticinco. Era para volver loco a cualquiera. Juraría además que al pasar, uno de ellos me había guiñado el ojo.

Poco a poco disminuyeron su carrera aunque no su tamaño. El que antes me guiñó el ojo, fué el primero en pararse y me miró ahora fijamente. Le vi levantar la trompa y avanzar en dirección mía. Me noté arrancado violentamente de la silla y suspendido en el aire. Luego una boca enorme, por la que me sentí resbalar hacia dentro, y después la inmovilidad y la obscuridad más completas.

Horrorizado comencé a reconocer el lugar en que me hallaba. Sus paredes eran gelatinosas y húmedas al tacto. Y a no me cupo duda. ¡Me encontraba en el estómago del elefante! Pasados unos momentos, recapacité: ¡Estoy enterrado en vida! Este descubrimiento me dejó más tranquilo. He leído un centenar de novelas en que el protagonista se encontraba en situación análoga a la mía, y muchos, no sólo se salvaron, sino que descubrieron un tesoro.

—¡Quién sabe si de aquí a diez minutos seré millonario! —pensé, decidiéndome a comenzar inmediatamente las pesquisas—. En efecto, empecé a recorrer a gatas la habitación en que me encontraba, golpeando ligeramente el suelo con las manos. De pronto, lancé un grito de alegría.

—¡Ya está aquí —dije para mis adentros.

Acababa de descubrir un bulto, y traté de cogerlo, pero di un salto de sorpresa al escuchar:

—¡Me hace usted daño en el tobillo!

—¿Es usted un ser humano? —pregunté sin dar crédito a mis oídos.

—Encienda una cerilla y lo verá —dijo el desconocido.

Una gran claridad iluminó nuestro alojamiento. Ante mí, Fortunato Canseco, mi antiguo compañero de oficina, me tendía cariñosamente los brazos.

—No vienes nunca por aquí. ¡Eres un ingrato! —me reprochó.

Yo estaba tan asombrado que no supe qué contestarle. No causa igual efecto encontrar a un amigo en el estómago de un elefante que en el Bar Asprón. Mi semblante debió parecerle tan asombrado, que se creyó en el caso de explicarme:

—Estoy aquí pasando una temporada. Huyo del mundanal ruido. No sabes lo que agradezco tu visita.

Estuvimos charlando duradle mucho rato, aunque a obscuras porque se me



Dib. MONDRAGÓN —Madrid.

EL NIHILISTA DESMEMORIADO

—¿Pero qué iba a hacer yo ahora?...

acabaron las cerillas. Insistía en darme las gracias por mi visita que creía desinteresada y voluntaria. Pero yo me creí en el deber de contarle lo sucedido; más que nada, por ver si me enseñaba una salida.

¡Nunca lo hubiera hecho! Apenas escuchó mi relato, se enfureció de tal modo, que temblé al escucharle. Recordé entonces haber oído hablar vagamente de un ataque de locura que padeció, y de su reclusión en un manicomio, de donde se fugó disfrazado de peón caminero, luego de asesinar al director del establecimiento y de romper la bola de la escalera. ¿Cómo podía hallarse aquí? ¡Misterio!

Ustedes sabrán, por experiencia, lo que es encontrarse a un amigo loco en el estómago de un elefante; no les ex-

trafiará, pues, el que no estuviese tranquilo. Decidido a buscar una salida, empecé a deslizarme por donde vine, y así recorrí un gran trecho. Según avanzaba, percibía más claramente un ruido tremendo. Al llegar a la boca del animal pude convencerme de lo que se trataba; era que, echado en el suelo, roncaba estrepitosamente. De pronto, oí ruido a mis espaldas. Fortunato había notado mi ausencia y venía tras de mí con aviesas intenciones. Esto acabó de decidirme. Aprovechando el instante en que el paquidermo abría la boca, para emitir un nuevo ronquido, di un salto y me encontré en el suelo. El animal se despertó al sentir aquellas carreras por el interior de su organismo, y se puso de pie dando un rugido. Aquello me salvó. Precisamente era el

momento en que Fortunato se decidía a saltar y así erguido el colosal elefante, tendría que dar un salto mínimo de veinte metros. Le ví titubear y decidirse al fin. Pero calculó mal, porque nunca había sabido matemáticas, y se estrelló contra la alfombra. Yo me desmayé al contemplar su cadáver.

Al recobrar el sentido, me encontré en mi delantera de pita. Un señor calvo que había a mi derecha, me dijo;

—Han dado tantas vueltas estos bichos, que le han mareado a usted. Felizmente, veo que ya está mejor...

Me marché en seguida a mi casa y me acosté febril. Aquella noche tuve cuarenta y cinco grados.

MANUEL LÁZARO



Dib. SAMA.—Madrid

—... Le decapitaron porque quiso destronar al Rey...

—¡Sí, pobre don Guindo! ¡Siempre tuvo la cabeza llena de pájaros!...



DEL BUEN HUMOR AJENO

TACTO

por Maurice Norcott

En cierto país vivía un viejo muy rico y también muy miserable, que tenía varios parientes pobres, los cuales le atendían cuidadosos para hacer méritos, con miras al testamento.

Cada fiesta grande la aprovechaban para hacer regalos al viejo; especialmente por Navidad, acudían todos cual

pastores al portal de Belén, con presentes para el anciano, de las más variadas especies, pero siempre de acuerdo con sus necesidades; cuál le llevaba una almohada bordada para que sobre ella descansara su pierna enferma de gota; cuál una campanilla para que avisara a los criados cuando necesitaba

algo, o un libro de máximas o una pluma estilográfica por si se le ocurría utilizarla en favor del que la regalaba.

Aunque parezca extraño estas muestras de afecto, sólo conseguían exasperar al viejo, el cual cada día odiaba más a sus solícitos parientes.

Una Nochebuena llegó a la ciudad donde vivía el anciano miserable un sobrino suyo, quien, no teniendo con quien pasar las Pascuas, fué a casa de su tío. Como joven descuidado que era, olvidó la antigua costumbre de la familia de regalar algo al viejo; así es, que vino de su casa con las manos vacías. Pero en el tren se dió cuenta de ello y pronto decidió qué cosa comprar para halagar a su pariente.

Al entrar en la casa halló a los demás de la familia en el momento en que cada uno entregaba su regalo, con frases en extremo cariñosas, que al viejo le caían como granizada en un día de invierno.

El joven se acercó y dijo con alegría: ¡Tío, te encuentro mucho más joven que la última vez que te ví!

Te traigo un recuerdo de muy escaso valor, pero que espero podrás disfrutar enteramente.

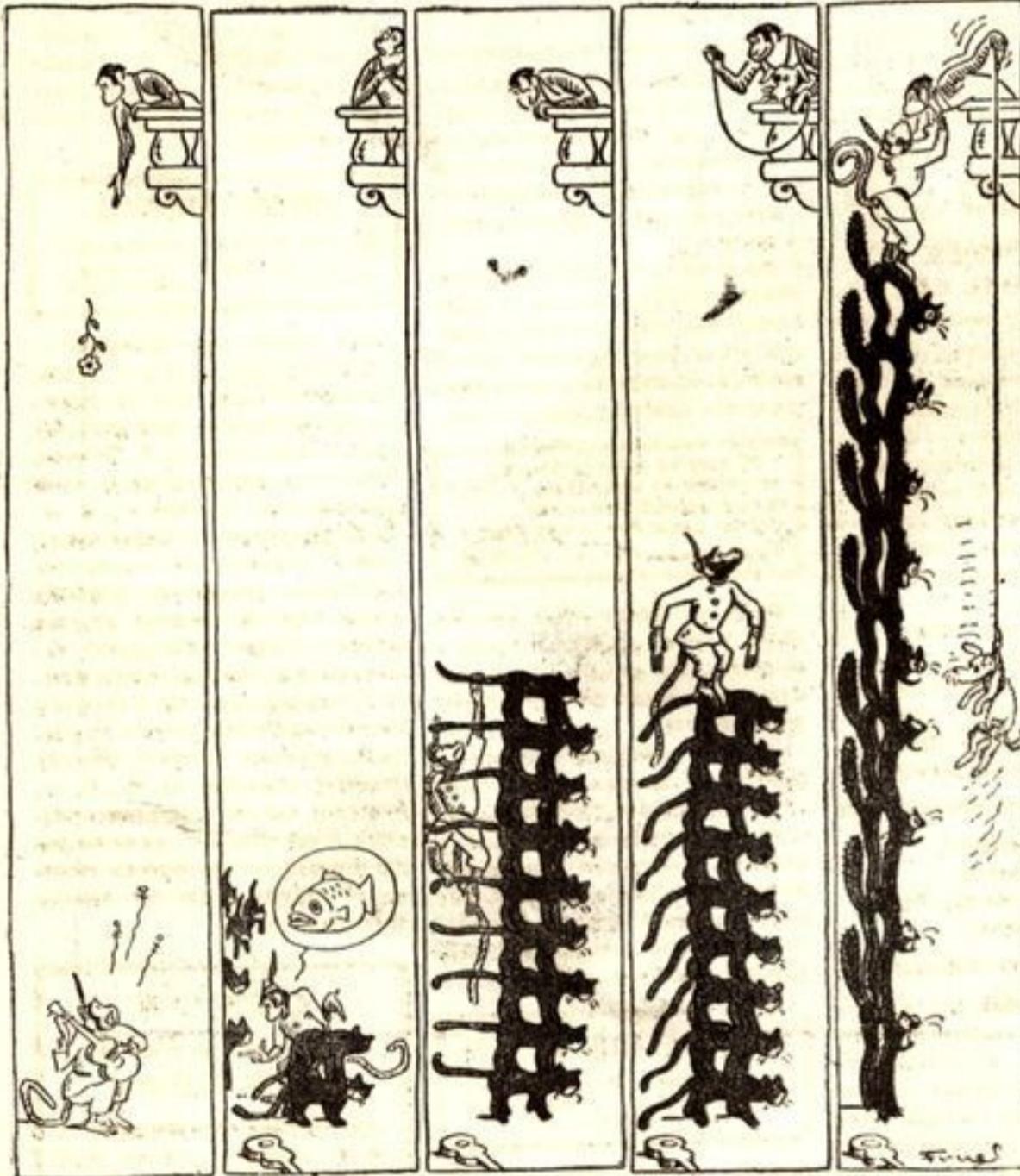
El tío tomó el paquete, y al desenvolverlo, sus ojos se iluminaron de alegría y abrazó al sobrino con una efusión tal, que los demás parientes salieron de la habitación llenos de envidia.

El regalo del sobrino era un calendario para diez años.

Como seguramente sospechan ustedes, el tío hizo un nuevo testamento por el cual legaba toda su fortuna a su sobrino, desheredando a la demás familia.

Pero hay que recordar que el viejo era muy miserable, y por lo tanto enemigo de que nada se malgastara. Así, por miedo de que el calendario se desperdiciara, hizo todo cuanto pudo por vivir los diez años que aquél marcaba, y antes de que ese tiempo transcurriera, el pobre sobrino se murió de desesperación.

N. P. U.



(De London Opinion, Londres)

ARDID DE MONO O PARA EL AMOR NO HAY OBSTÁCULOS

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR DE BUEN HUMOR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

R. M. P. Madrid.—

¿Conque en Cabeza del Buey no gustó *La mala ley*?

Y a nosotros qué nos importe, si no somos los autores.

Carlos Chepa. Valencia.—¿Y por qué nos suplica usted, haciendo alarde de modestia exagerada, que no le demos el título de imbécil?... ¡No sea usted nunca tan humilde en sus aspiraciones!... ¡Ese título se lo acaba usted de ganar en noble lid, y no es justo que renuncie usted a él de una manera tan despreñada y generosa!...

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETAS. 7
Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuentan el 10 por 100.

Gran. Madrid.—No han conseguido admirarnos sus portentosas cartulinas últimas.

J. B. R. Gijón.—Peor para usted si se enfada, porque aquí no solemos tener gana de templar galas. Para eso tiene usted bastante más cerca al galtero de Gijón que suponemos que le complacerá templando todas las que usted desee.

Radamanto. Madrid.

¡Radamanto, Radamanto!
¡Tu estupidez causa espanto!

HUJO DE F. DÍEZ PAUPERIÑA

Postales y abanicos. Papelería y objetos de escritorio.
Magdalena, 32. Tel. 54-32 M.

P. G. A. Madrid.—Resulta cruel hacer chistes a costa del suicidio del pobre estudiante. ¿Por qué no los hace usted con motivo del suyo

CASA ZAMORA

Primera en libros y material de enseñanza.
Plaza Mayor, 11.—MADRID

propio? ¡Sería más gracioso y además usted descansaría y nosotros también!

El paseante en Corte.—Conocidos su oficio y vocación, no creemos ofenderle diciéndole que se vaya usted a paseo una vez más.

Pedro Tío.—¡Qué Tío más bestial!

Olegario. Madrid.—No somos sicalpílicos, ni Dios lo quiera y por eso hemos repudiado su marranísimo trabajo. Consérvelo para leerlo en la ceremonia de apertura del matadero de cerdos de Badajoz y allí

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

tendrá un éxito señalado, por lo menos entre los cochinos que aquel día pululen por el establecimiento.

Madrinas de guerra.—Con algo de dolor y al mismo tiempo con mucho de satisfacción, tenemos que dar a nuestros lectores guerreros una noticia un tanto catastrófica... ¡Se nos han terminado las madrinas de guerra!...

Hay dolor en esta frase, porque nos pesa desengañar a los solicitantes que siguen acudiendo, en tropel regimental, a la busca y captura de la madrina retrechera y obsequiosa. Y hay satisfacción, porque nos cons-

Imitarle pretenden
¡ay! pero en balde,
que es el Licor del Polo
Inimitable.

ta que las solicitudes que han tenido éxito pasan de muchos millares. Por esto mismo, el considerable stock de madrinas con que contábamos, se ha agotado y no nos queda lo que se dice ni una modestísima beldad propicia. Por tan poderosa razón, nos vemos en el caso de dar por finiquitado este asunto, advirtiéndole a los que anhelan todavía madrinas que por ahora no las po-

demos facilitar, so pena de disfrazarnos los redactores de BUEN HUMOR de muchachas garridas y saletrosas, superchería que no iban a tolerar los heroicos paladines africanos.

Conste, pues, que hemos hecho lo que hemos podido, que hemos prestado a la Patria un servicio in-

Cesáreo Alonso

Ortopédico del Hospital Militar y del Instituto Rubio.

Talleres propios. Precios económicos.

Fuencarral, 104. Tel. 405 J.

directo, dando fuerza y valor a sus defensores, y que estamos satisfechísimos por el número de enlaces matrimoniales que ha resultado de las conversaciones epistolares iniciadas por nuestra generosa intervención.

Dóminus vobiscum, y que ustedes lo pasen bien, aunque ya suponemos que con madrinas lo pasarían mejor, pero repetimos que las madrinas no están en nuestra mano (¡qué más quisieramos nosotros!)

Si quieres estar hermosa,
no gastes en una alhaja
ni te compres otra cosa,
que en Casa Presa una faja.
Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

R. S. G. Cádiz.—Nos asegura usted, bajo su palabra honrada y elocuente, que es usted un escritor de nervio y de empuje y añade usted que nosotros, si no le conocemos, es porque no estamos al tanto del movimiento literario español. Tiene usted casi tanta razón como un demente. Confesamos, contritos y con la mano puesta en el pecho, que no le conocíamos a usted. Ahora bien, después de leído su aterrador envío, juramos por nuestra ánima que nos fastidia una bestialidad el

Compro
Vendo **CRUZ, 18**

Alhajas, relojes, máquinas de escribir y fotográficas, pianos, escopetas, gramófonos, etc.

haberle conocido. Para tener amigos así, más vale morirse del tifus exantemático.

H. A. P. Madrid.—Nos remite usted una especie de fantasía titulada

El tonto. La leemos y al llegar a la firma sacamos la dolorosa conclusión de que es un trabajo capicúa, o sea, para que usted lo entienda, que es lo mismo al revés que al derecho, o más claro todavía: que por *El tonto* empieza y por el tonto acaba. Inútil es añadir que, como aquí no nos gusta perder el tiempo en tonto, queda su majestuoso artículo retirado de la circulación.

C. Villa y E. Lozano.—No es deplorablemente malo, pero tampoco es lo suficientemente arrebatador para que nos arrebatase el entusiasmo y lo publiquemos. ¡Las cosas como son!... Y conste que nos son ustedes más simpáticos que la Sociedad de Autobuses de Madrid que, como ustedes ha luchado hasta ahora sin éxito apreciable.

CIPRIANO MARDOMINGO

Almacén de jamones, tocinos y mantecas. Exportación a provincias.
Atocha, 75 y 77. Teléfono 928 M.

Han salido para "Cestona".—Los distinguidos amigos y compañeros en la Prensa señores Mauricio, Alvaro España, Rodríguez (Bilbao), Cubita (Madrid), P. Gallardo, Salvadores, Vez (Madrid), A. Gran (Madrid), Jota (Sevilla), P. M. D. R. L. (Santiago de Compostela), Comar (Madrid), M. Varela Pol, Coperalco, Desmarvill (Madrid), Athos, Uno de Zalamea, Riverita (Cádiz), Pragaon (Barcelona), Velazquete (La Granja), Allrón Pompon (Madrid), Pérez de González y Fernández García (jajizal), El nuevo Riego (¡pero, hombre!), Niscuito (Madrid), Diavolito, G. G. G. G. (Málaga), Astolfo y Endurance (Madrid), todos ellos autores de sendos dibujos que no han logrado plenamente acertar a dar con nuestra fibra sensible.

CUPÓN

correspondiente al núm. 190 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente capsa y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—¿Por qué me has traído de Venecia el espejo estilo Luis XV y no Luis XVI como te encargué?
—Mujer, por ahorrarme un «Luis».

Piedad.

Amor charadístico.

—No dudes de mi cariño, Mari. Ya sabes que te adoro, que te idolatro... ¡Eres mi todo!...

—Es verdad, Pepe; pero estoy convencida de que no soy tu primera...

Pucherólogo.—Salamanca.

En una carretera.

Un paseante.—¿Pero necesita usted toda esa cuerda para hacer sus trabajos?

El peón caminero.—Sí, señor.

¿Por qué lo pregunta?

El paseante.—Porque me parece mucha cuerda para un peón solo.

Un sabio.—Avila.

En un hotel.

El empleado.—¿Viene usted por mucho tiempo?

El viajero provinciano.—No, señor; me marchó esta noche en el sub-exprés de Getafe.

—¡Entonces pondremos en la hoja que viene usted de paso.

—No, señor; venir, vengo de Segovia.

Rufo García Sáiz.—Madrid.

El colmo de una mujer de lengua viva:

Estudiar una lengua muerta.

«Palmero».—Madrid.

A ciertos señores que marchaban a América les dieron unos amigos el encargo de traer al regreso un loro.

Una vez de regreso de América los referidos señores, se encuentran en el muelle, al desembarcar, a los amigos que les habían hecho el encargo.

Estos les preguntan después del saludo de rigor por el loro y, aun cuando se les había olvidado el encargo, dijeron que se lo llevarían a casa, y para poder salvar el compromiso pintan una lechuza con los mismos colores que el loro, dando la impresión de ser auténtico, el que entregan.

Transcurrido cierto tiempo preguntan qué si hablaba el loro.

A lo que respondieron.—Qué, no señor; no solamente no habla, si no que no nos deja hablar a nosotros.

—¿Por qué?

—Pues, porque cuando nos vé dice: Chis...; Chis...; Chis...

P. Vizcaino y J. Lluch.—Madrid.

—Parece mentira que des cabezadas en el sofá con lo que duermas en tu casa.

—Pero si no duermo casi nada; todos los días me levanto a las tres...

—¿Cómo a las tres!

—Sí; todas las mañanas digo: a la una, a las dos y a las tres..., y a las tres, me levanto.

L. R. R.—Valencia.

Defendiendo cierto pleito, estuvo un abogado tan difuso y minucioso, que aburrido el presidente hubo de

interrumpirle: ¡Al grano!, ¡al grano!, señor abogado, y deje usted a un lado la paja.—De todo ha menester el Tribunal...—contesó el impertérrito abogado.

Karmen and Sasi de Galma.

—¿Qué haría un matemático que quiere fumar y no tiene cerillas?

—Transformar un quebrado en un mixto.

A. Cospedal Bautista.—Granada.

—¿En qué se parece un tren en marcha a un hombre que lleva sombrero de paja en el mes de Febrero?

—En que los dos están fuera de estación.

M. y Romero.—Barcelona.

Un acusado, que es hipnotizador, dice al declarar en el juicio:

—Si quisiera podría dormir al Tribunal y reconocería mi inocencia.

El presidente (con acento bondadoso).—¡Eso lo hará en seguida su abogado defensor!

José M. Conde.

—¿En qué se parece un automóvil al número once?

—En que empieza por uno y acaba con uno.

Mario.—Tetuán.

D. Anfonio entra en el despacho de su amigo y le sorprende redactando su testamento.

—Carísimo amigo, mira lo que escribo: encargo a mi esposa que tan pronto como yo muera se cese (si encuentra con quién).

—¿Y qué te impulsa para tomar tan extraña determinación?

—Porque deseo que haya un hombre que sienta mi muerte.

Emilio Baquero y Gil.—Madrid.

—¿Podré vivir cien años, doctor? El médico.—Según. ¿Qué vicios tiene usted? ¿Prima?

—No, señor.

—¿Juega...? ¿Bebe...?

—No, no, señor...

—¿Le gusta el mujeriego, lee, estudia, se divierte?

—No, nada de eso.

—¡Hombre; entonces para qué diablos quiere usted vivir cien años!

Macanas.—Ceuta.

—¿En qué se parece el obelisco del dos de Mayo a un mono?

—En que es mono-mental.

Guerra F. Pérez.—Dueñas.

Lupiáñez a Gómez:

—Gómez, ¿cuál es el baile que más te gusta?

—Todos, a excepción del de San-Vito.

El caballero Platir.—Valencia.

El colmo de un tranquilo:

Ir a la Parada.

Tinterín.—Madrid.



HERNIAS
Bragueros científicamente.
J. Campos
Único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

El colmo de un tipógrafo:
Estar todos los días con letras en las manos y al lado de una caja, y no tener un céntimo.

T. Moreno.—Jaén.

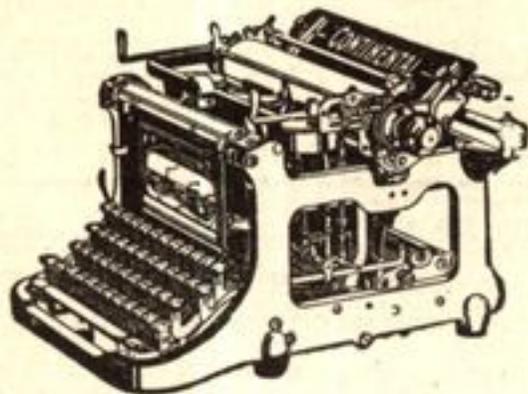
—¿Cuál es el macho de la locomotora?

—Pues, un individuo que no deja nada al comer, porque lo-co-mo-toro.

Violonciego.—Coruña.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

La máquina de escribir CONTINENTAL es la predilecta.



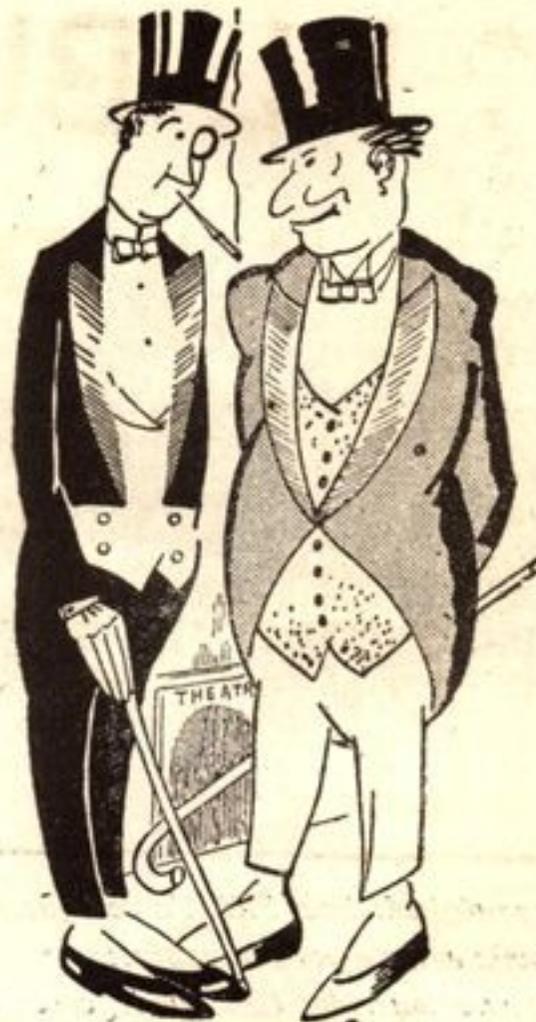
Pídanla a prueba a los concesionarios de España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. A.)

MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
 BARCELONA.-Clarís, 5.
 VALENCIA.-Mar, 8.
 BILBAO.-Ledesma, 18.
 PALMA DE MALLORCA.-Quiat, 7.
 SEVILLA.-Rivero, 7.
 TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir CONTINENTAL, se venden máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS ✨ ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS



—¿Ve usted cómo no le han silbado la comedia a Berlot?
 —Es que es muy difícil silbar y bostezar al mismo tiempo.
 (De Pèle Mêle, Paris.)

VELLO

DESAPARECE
 INMEDIATAMENTE
 CON EL

**DEPILATORIO
 GVIDOR**

INOFENSIVO E INODORO

Estuche, 6 pesetas

PIES

AGILES Y JUVENILES
 PROPORCIONA
 EL

PÉDILUVE

GVIDOR

SALES MINERALES PERFUMADAS

Estuche, 3,75 pesetas

EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

Concesionario: PEDRO SUÑER.—Sicilia, 29. BARCELONA

LOS

FAMOSOS

POLVOS INSECTICIDAS

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de
 toda clase de insectos.



—Eres originalísima, Fiff. Ya veo que has adquirido una momia egipcia para tu gabinete.

—¡Oh, no, querida! Eso que tú crees momia, es mi marido, que quiso él sólo empapelar la pieza.

(De London Mail, Londres.)

INDRA PERLA

LA CASA MÁS SURTIDA

AL TODO DE OCASIÓN

FUENCARRAL, 45

FÁBRICA DE LUNAS

Y ALMACÉN DE CRISTALES

BISELADO, GRABADO Y DECORADO ARTÍSTICO

F. FERNÁNDEZ

FLORIDA, NÚM. 10 MADRID TELÉFONO 28-98 J.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

ALHAJAS

Se compran para casa extranjera, pagándolas espléndidamente. Puerta del Sol, 11 y 12, segundo derecha.

Hay ascensor.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

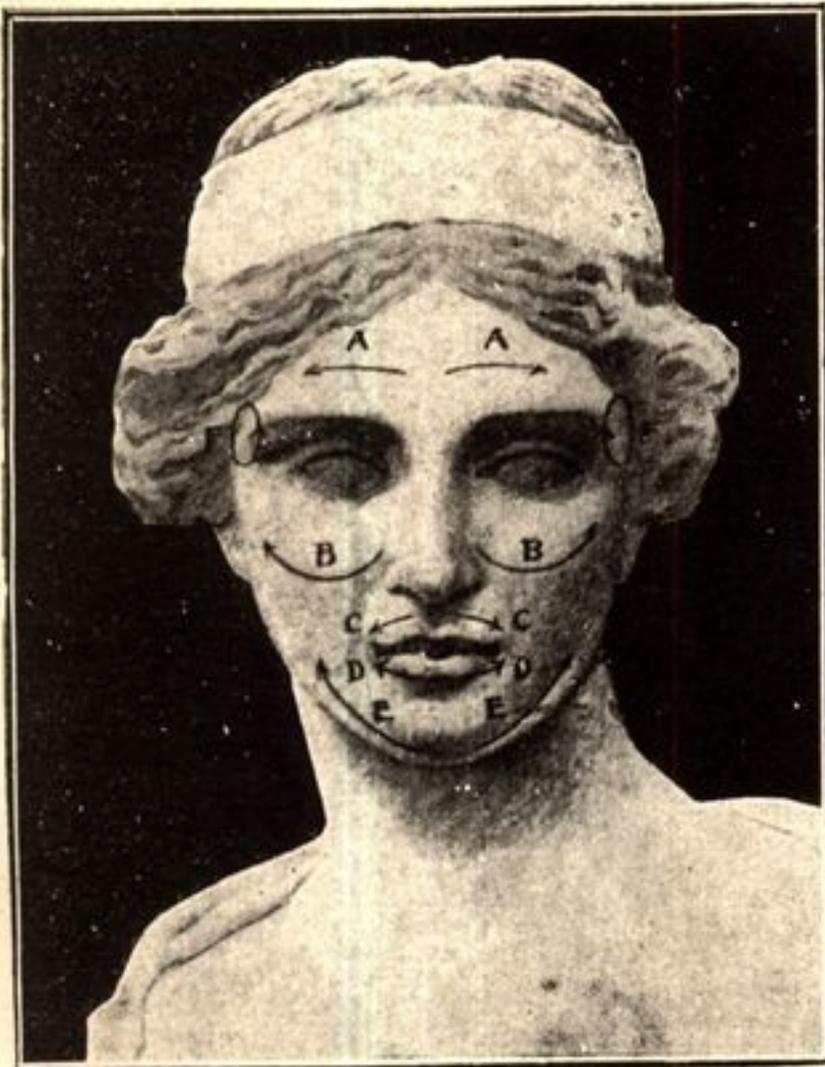
La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. = MAYOR, 1
MADRID



Dib. TONO.—Paris.

—Cuando el mes empieza en martes, ¿es buena suerte?
—Sí, pero a condición de que no sea trece.